

TEXTOS DEL TEMA 1: Filosofía: qué es, origen y primeros filósofos

Material de trabajo: guía de disertación y textos

DISERTACIÓN 1 DE 3

PROPUESTA DE TEMA

¿Para qué sirve la filosofía?

CÓMO HACER UNA DISERTACIÓN FILOSÓFICA

La disertación filosófica es un texto argumentativo en el que defiendes una posición razonada ante una pregunta filosófica. No se trata de dar tu opinión sin más, sino de construir una respuesta fundamentada en argumentos, apoyada en lo que han dicho los filósofos y capaz de considerar posiciones contrarias a la tuya. La finalidad de una disertación es llegar a una verdad lo más objetiva posible, esto es, que pueda ser compartida por todo ser racional. Todos los argumentos, estés personalmente de acuerdo o en desacuerdo con ellos, deben ser expuestos con el máximo rigor y fuerza. La extensión debe estar entre 1200 y 1600 palabras.

I. TRABAJO PREVIO

Paso 1: Elige la pregunta que más te interese

Elige la pregunta sobre la que tengas una opinión más clara, la que te resulte más cercana o la que te provoque más curiosidad. Si tienes una opinión fuerte sobre ella, aunque sea en contra, eso es buena señal: significa que tienes algo que decir. Ve a lo más cercano y sencillo para ti. La complejidad la encontrarás según profundices.

Paso 2: Busca las posibles interpretaciones

Las preguntas filosóficas contienen conceptos que pueden entenderse de varias maneras. Identifica las palabras clave y pregúntate qué pueden significar. Cada significado diferente produce una **interpretación** distinta de la pregunta.

Por ejemplo, la pregunta *¿Puede la filosofía dar respuestas o solo plantear preguntas?* admite al menos tres interpretaciones:

- **Interpretación A:** ¿Produce la filosofía conocimiento comparable al de las ciencias, con resultados que se puedan verificar?
- **Interpretación B:** ¿Tienen las preguntas filosóficas alguna respuesta correcta, o son cuestiones que por su naturaleza nunca se cierran?
- **Interpretación C:** ¿Depende el valor de la filosofía de que dé respuestas definitivas, o su aportación está en otro sitio?

 **Tip:** Si no se te ocurren varias interpretaciones, prueba a cambiar una palabra clave por un sinónimo: no es lo mismo *¿puede la filosofía dar respuestas?* que *¿resuelve algo la filosofía?* o *¿avanza la filosofía o da vueltas en círculo?*

Paso 3: Piensa en las implicaciones y elige una interpretación

Cada interpretación tiene **implicaciones** distintas. Pregúntate: si respondiera que sí, ¿qué se seguiría de ello? ¿Y si respondiera que no? La interpretación más interesante suele ser la que tiene las implicaciones más profundas.

Por ejemplo:

- Si la filosofía no produce conocimiento verificable como la ciencia (A), toda la tradición filosófica habría sido un malentendido y deberíamos sustituirla por ciencia; pero si sí lo produce, habría que explicar por qué sus respuestas no generan el mismo consenso que las científicas.

- Si las preguntas filosóficas no tienen respuesta correcta (B), la filosofía sería una conversación interminable sin posibilidad de progreso, y habría que preguntarse por qué seguimos dedicándole tiempo.
- Si el valor de la filosofía no depende de dar respuestas definitivas (C), hay que explicar en qué consiste ese valor; y si depende de ellas, su historia entera es un fracaso, porque en dos mil quinientos años no ha cerrado ninguna de sus grandes preguntas.

Ahora **elige** la interpretación que te parezca más relevante y explica por qué las otras lo son menos. Sé coherente: sería contradictorio argumentar que la A es la más importante y luego trabajar con la C. Las implicaciones te ayudan a decidir: la interpretación que más cosas pone en juego suele ser la mejor para una disertación.

Paso 4: Formula tu tesis

Escribe en una frase la respuesta que vas a defender. Debe ser clara, concreta y discutible: alguien razonable debería poder estar en desacuerdo con ella. La tesis no contiene argumentos: eso viene después. Puede llevar matices y condiciones (pero, aunque, cuando), pero no justificaciones: si tu tesis lleva un «porque», ese «porque» es tu primer argumento, y su sitio es el desarrollo.

Ejemplos de buenas tesis:

- *La filosofía puede dar respuestas, pero su mayor valor no está en las respuestas mismas, sino en la transformación que produce en quien las busca.*
- *La filosofía no da respuestas genuinas, sino que solo aclara confusiones del lenguaje.*

Ejemplos de malas tesis:

- *La filosofía es interesante.* (Demasiado vago.)
- *Muchos filósofos han intentado responder preguntas.* (No responde a la pregunta.)
- *La filosofía puede responder a todo.* (No tiene en cuenta ninguna objeción.)



Tip: A medida que investigas puede que descubras que tu tesis inicial era incorrecta. Puedes modificarla o reflejar en la conclusión por qué has cambiado de opinión. Una disertación se escribe para llegar a una verdad, no para demostrar que tenemos razón.

Paso 5: Busca argumentos y trabaja con las fuentes

Lee los textos de la pestaña de Práctica y los libros disponibles de la bibliografía buscando argumentos a favor y en contra de tu tesis. Para cada argumento que encuentres, anota:

- La idea principal, con tus propias palabras.
- La referencia completa: autor, año, título y página.
- Tu reacción: ¿estás de acuerdo?, ¿se te ocurre una objeción?, ¿te recuerda a otro autor?

Cómo citar. Hay cuatro formas:

Cita directa narrativa. Usa esta opción para dar importancia y protagonismo al pensador en tu texto. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. El año va inmediatamente después de su nombre.

Ejemplo: Aristóteles (2011) afirmó que «todos los hombres desean por naturaleza saber» (980a, p. 69), de modo que la filosofía responde a una inclinación natural, no a una necesidad práctica.

Cita directa parentética. Usa esta opción cuando quieres que el lector se concentre primero en la idea. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. Los datos del autor quedan en segundo plano al final de la frase.

Ejemplo: La búsqueda del conocimiento es una condición inherente al ser humano: «todos los hombres desean por naturaleza saber» (Aristóteles, 2011, 980a, p. 69).

Cita indirecta narrativa. Explicas la idea con tus propias palabras, pero introduces la frase mencionando directamente al autor.

Ejemplo: Aristóteles (2011) sostiene que el origen del pensamiento filosófico se encuentra en la capacidad humana de asombrarse ante la realidad (982b, p. 76).

Cita indirecta parentética. Explicas la idea con tus propias palabras y colocas toda la información de la fuente junta al cerrar el punto.

Ejemplo: La filosofía no surgió por una necesidad utilitaria, sino como el medio con que los seres humanos tratan de huir de su propia ignorancia (Aristóteles, 2011, 982b, p. 76).

En todos los casos, después de la cita hay que **explicar** qué quiere decir el autor y **relacionarla** con tu argumento. Una cita sin explicación no demuestra nada.

 **Tip:** Cita con año y página la **primera vez** que atribuyes una idea a un autor. Después, si solo recuerdas o resumes algo que ya has citado antes (por ejemplo, en la valoración o en la conclusión), basta con nombrarlo: «como muestra Aristóteles...». Repetir el año y la página cada vez que aparece un apellido no es más riguroso, solo más pesado. La regla es sencilla: **idea nueva, cita completa; idea ya citada, solo el apellido.**

Paso 6: Haz un esquema

Antes de redactar, escribe en tu cuaderno un esquema con la introducción (interpretaciones, implicaciones, elección razonada, tesis), los argumentos a favor y en contra con sus citas, la valoración, la delimitación de tu tesis y la conclusión. Este esquema es tu hoja de ruta.

II. REDACCIÓN

Estructura de la disertación

Introducción (aprox. 15% del texto). Consta de dos partes:

- **Primer párrafo:** presenta el problema con un gancho que atraiga al lector (una imagen, una paradoja, un dato, una experiencia), despliega las interpretaciones posibles con sus implicaciones, justifica cuál es la más relevante y termina reformulando la pregunta tal como vas a responderla. Esa formulación final es importante: tu conclusión tendrá que responder exactamente a ella.
- **Segundo párrafo:** formula tu tesis de forma clara y concreta.

 **Tip:** el gancho es el lugar más fácil para colocar un ejemplo propio, y los ejemplos propios puntúan en la rúbrica. Una anécdota, un caso real o una experiencia tuya que plantee el problema vale más que empezar directamente con un filósofo. Además, empezar por algo tuyo es más fácil que empezar por Kant.

Desarrollo (aprox. 70% del texto). Aquí hay dos formas de trabajar:

- **Estructura básica**, para quien necesita un guion claro:

Con esta estructura, hecha correctamente, puedes llegar al nivel notable.

- **Estructura dialéctica**, para quien quiere ir más allá:

En lugar de separar los argumentos en dos bloques, construye una conversación entre posiciones. Los argumentos se responden entre sí, se señalan sus límites sobre la marcha y el pensamiento progresa. No hay un bloque a favor y un bloque en contra: hay un recorrido en el que cada paso surge del anterior.

Por ejemplo, en lugar de escribir:

Argumento a favor 1: Nagel defiende que la filosofía aclara ideas que usamos sin pensar. Argumento a favor 2: Russell dice que amplía nuestra concepción de lo posible. Argumento en contra 1: Carnap sostiene que las proposiciones filosóficas carecen de sentido. Argumento en contra 2: Hawking afirma que la filosofía ha muerto...

Podrías escribir:

Nagel sostiene que la filosofía aclara conceptos que usamos sin pensar, como «libertad» o «justicia». Carnap objeta que esas preguntas carecen de sentido por no ser verificables. Pero conviene reparar en algo: esa misma objeción, «solo tiene sentido lo verificable», tampoco es verificable, de modo que se refuta a sí misma...

Esta estructura es más exigente pero produce disertaciones mucho más ricas.

Herramientas para trabajar los argumentos

Estas cuatro operaciones sirven para manejar cualquier argumento, sea tuyo o de la posición contraria. No hay que usarlas todas ni en todas las disertaciones: son ayudas para cuando no sepas cómo seguir. Las dos primeras te servirán en cualquier estructura. Las dos últimas, acotar e invertir, son las que hacen posible la estructura dialéctica: sin ellas, los argumentos no pueden responderse entre sí.

Conceder. Reconocer lo que un argumento tiene de razón antes de responderle. Se escribe con fórmulas como «esta objeción es seria, porque...» o «hay algo verdadero en esta idea». Parece una debilidad y es lo contrario: quien reconoce la fuerza del contrario y aun así le responde resulta mucho más convincente que quien finge que el contrario no decía nada. Lo opuesto es una falacia, el **hombre**

de paja: debilitar la posición contraria para vencerla con facilidad. Ten presente que en la rúbrica el hombre de paja puntúa cero en honestidad intelectual: si la posición contraria queda ridícula en tu texto, es casi seguro que la has caricaturizado.

Buscar un contraejemplo. Si un argumento afirma algo con «todos», «siempre» o «nunca», un solo caso contrario lo derriba. Si alguien dice «todos los profesores mandan deberes» y encuentras uno que no manda, la afirmación era falsa. Cuidado: contra «la mayoría de los profesores mandan deberes» un caso contrario no prueba nada, porque esa afirmación ya contaba con las excepciones. Esta herramienta no siempre podrá usarse, y no pasa nada: solo funciona con afirmaciones universales.

Acotar. Aceptar que un argumento prueba algo y mostrar hasta dónde llega de verdad: «*tienes razón, pero no tanta*». La manera habitual de acotar es **distinguir**: separar dos cosas que estaban mezcladas y mostrar que el argumento vale para una pero no para la otra. La distinción puede ser **de grado** (los videojuegos no son malos; jugar demasiado, sí) o **de aspecto** (que todos los ladrillos de un edificio vengan de la fábrica no significa que el plano del edificio venga de ella). Acotar sirve también con tu propia tesis: decir bajo qué condiciones se sostiene, o qué casos no resuelve, puntúa en la rúbrica.

Invertir. Mostrar que un argumento, bien entendido, prueba lo contrario de lo que pretendía. Quien afirma que la filosofía no sirve para nada está defendiendo una tesis filosófica, así que necesita la filosofía para atacarla. Es la herramienta más espectacular cuando funciona y la más ridícula cuando se fuerza: úsala solo si la inversión es real.

 **Tip:** existen más herramientas (el experimento mental, la reducción al absurdo, el dilema, la autorrefutación) explicadas con ejemplos en la página de Técnicas argumentales.

Cómo comprobar tu desarrollo

Muchas disertaciones parecen dialécticas y son una lista disfrazada. Hay dos pruebas para comprobarlo antes de entregar.

La prueba del orden. Coge dos argumentos que estén del mismo lado (dos a favor, o dos en contra) e imagina que los intercambias. ¿Se entiende igual? Si sí, están **yuxtapuestos**: cada uno va por su cuenta, como en una lista. Si no, porque el segundo se apoyaba en el primero o respondía a una objeción que este había dejado abierta, hay una **cadena**. En una estructura dialéctica de verdad, casi ningún párrafo del desarrollo puede moverse sin romper algo.

La prueba de los conectores. Mira con qué palabras empieza cada párrafo del desarrollo. Los **conectores de suma** (además, por otra parte, también, en segundo lugar) indican que estás añadiendo: es una lista. Los **conectores de respuesta** (ahora bien, sin embargo, contra esto cabe objetar, conviene distinguir) indican que estás contestando a lo anterior: es una cadena.

Si todos tus párrafos empiezan con conectores de suma, tu texto es una lista, por muchos autores que cites. Y no se arregla cambiando las palabras: hay que cambiar lo que hacen los párrafos.

Conclusión (aprox. 15% del texto). Debe hacer tres cosas:

- Responder a la pregunta **tal como la reformulaste al final de la introducción**, explicando si te reafirmas en la tesis o si cambias de postura, y qué argumentos han pesado más.
- Delimitar tu tesis: bajo qué condiciones se sostiene, qué casos no resuelve, o qué tendría que ocurrir para que dejara de ser válida. Ninguna tesis lo explica todo, y precisarlo no la debilita: la hace más fuerte. La rúbrica lo premia dentro de la honestidad intelectual.
- Señalar las consecuencias o implicaciones para el mundo actual.

 **Tip:** Las mejores conclusiones vuelven al principio y cierran el círculo. Si abriste con una imagen, una pregunta o un dato sorprendente, retómalo aquí y muestra cómo tu argumentación le ha dado un sentido nuevo.

Bibliografía. Al final del texto, tras la conclusión, incluye una lista de las obras que has citado. No cuenta para el límite de palabras. El formato es el siguiente:

- Apellido, N. (año). *Título de la obra* (trad. N. Apellido). Editorial.

Por ejemplo:

- Nagel, T. (1987). *¿Qué significa todo esto?*. Fondo de Cultura Económica.
- Russell, B. (1912). *Los problemas de la filosofía*. Labor.

Consejos de redacción

- *Busca una apertura que enganche: una imagen, una paradoja, un dato sorprendente, una pregunta provocadora, una experiencia personal.*
- *Haz frases cortas y claras. Evita las subordinadas en cadena.*
- *Busca las palabras exactas. Evita afirmaciones vagas.*
- *Los ejemplos que puntúan como propios son los que no aparecen ni en los textos de práctica ni en clase: de tu experiencia, de la actualidad, de la naturaleza, de la cultura. Un buen ejemplo propio no solo adorna: si al quitarlo el argumento pierde fuerza, es que estaba haciendo trabajo de verdad. Esa es la diferencia que la rúbrica premia.*
- *Una cita sola, sin explicación, no demuestra nada. Explica siempre qué quiere decir el autor y por qué es relevante para tu argumento.*
- *Un argumento no es una frase. Requiere desarrollo, ejemplo y, si puede ser, una cita explicada.*
- *Reserva la primera persona para la tesis y la conclusión. En el desarrollo, expón los argumentos de forma impersonal.*

Fases de escritura

Producción. Escribe todas las ideas sin preocuparte por el orden ni la corrección. El objetivo es sacar todo lo que tienes en la cabeza.

Edición. Ordena las ideas, redacta los párrafos, integra las citas con su explicación, conecta los argumentos entre sí.

Revisión. Lee el texto completo: ¿se entiende la tesis?, ¿los argumentos la sostienen?, ¿las citas están explicadas?, ¿la conclusión responde a la pregunta y delimita la tesis? Aplica la prueba del orden y la de los conectores. Comprueba la ortografía, cuenta las palabras y pasa a limpio.

Ejemplo de disertación

La siguiente disertación es un ejemplo de cómo aplicar los pasos anteriores. No es un modelo perfecto: es un ejemplo de trabajo bien hecho que puedes usar como referencia.

¿Puede la filosofía dar respuestas o solo plantear preguntas?

En 1948, Bertrand Russell protagonizó un célebre debate radiofónico con el jesuita Frederick Copleston sobre la existencia de Dios. Al terminar, ninguno de los dos había convencido al otro. Un oyente impaciente podría haber concluido que la filosofía es un ejercicio inútil: dos de las mentes más brillantes del siglo XX discutieron durante una hora sin resolver nada. Pero ¿significa eso que la filosofía fracasó, o más bien que su valor está en otro sitio? La pregunta «¿puede la filosofía dar respuestas o solo plantear preguntas?» admite varias lecturas. Puede referirse a si la filosofía produce conocimiento comparable al de las ciencias: si no lo produce, quizá toda la tradición filosófica ha sido un enorme malentendido y deberíamos sustituirla por investigación empírica. Puede referirse a si las preguntas filosóficas tienen alguna respuesta correcta: si no la tienen, la filosofía sería una conversación interminable sin posibilidad de progreso. O puede referirse a si el valor de la filosofía depende de que cierre definitivamente sus debates: si depende de eso, su historia es un fracaso; pero si su valor está en la transformación que produce en quien piensa, entonces incluso un debate sin vencedor puede ser fecundo. Esta última lectura es la más interesante, porque obliga a repensar qué entendemos por «respuesta». Reformulada así, la pregunta ya no es si la filosofía da respuestas definitivas, sino si su aportación se mide por ellas o reside en algo distinto.

La tesis que defenderé es que la filosofía puede dar respuestas, pero que su mayor valor no está en las respuestas mismas, sino en la transformación que produce en quien las busca.

Nagel (1987) sostiene que «la finalidad principal de la filosofía es cuestionar y comprender ideas muy comunes que todos nosotros usamos cada día sin pensar sobre ellas» (p. 14). Para Nagel, la filosofía no inventa problemas artificiales, sino que examina los conceptos que ya utilizamos (libertad, justicia, verdad) y descubre que son mucho más complejos de lo que parecen. Ese descubrimiento es ya una respuesta: cuando alguien comprende que la palabra «libertad» puede significar cosas muy distintas según el contexto, no ha resuelto el problema de la libertad, pero ha dejado de confundir unas cosas con otras, y eso es un avance que no existía antes de sentarse a pensar. Ahora bien, si esto es todo lo que la filosofía puede ofrecer, distinguir significados y aclarar conceptos, ¿no se queda corta frente a las ciencias, que además de formular preguntas las resuelven con datos verificables? Carnap (1932) llevó

esta objeción al extremo al sostener que las proposiciones metafísicas «carecen de sentido» porque «no son verificables empíricamente» (p. 62). Si Carnap tiene razón, preguntas como «¿qué es la justicia?» o «¿existe Dios?» no son ni verdaderas ni falsas: simplemente no dicen nada. La filosofía no solo no daría respuestas: ni siquiera formularía preguntas legítimas. Toda la historia del pensamiento filosófico, desde Sócrates hasta hoy, habría sido una gigantesca pérdida de tiempo.

Sin embargo, la posición de Carnap se destruye a sí misma. La afirmación «solo tienen sentido las proposiciones verificables empíricamente» no es ella misma verificable empíricamente. ¿En qué laboratorio se comprueba que solo la ciencia produce conocimiento? En ninguno: es una tesis filosófica, y al formularla, Carnap hace exactamente aquello que dice que no se puede hacer. Es como si alguien gritara «está prohibido hablar». Esto no es un detalle menor: demuestra que la filosofía puede, como mínimo, detectar incoherencias lógicas en las doctrinas que pretenden eliminarla, y esa es una respuesta genuina que ninguna ciencia empírica podría haber dado. Pero si la filosofía es capaz de refutar al positivismo, ¿significa eso que también puede dar respuestas positivas, no solo defensivas? Russell (1912) ofrece una pista cuando afirma que «el valor de la filosofía debe hallarse exclusivamente entre los bienes del espíritu» y que «las incertidumbres de la filosofía engrandecen nuestra concepción de lo que es posible» (p. 129). Lo que sugiere es que las respuestas filosóficas no son del mismo tipo que las científicas: la ciencia da respuestas que cierran preguntas; la filosofía, respuestas que abren otras nuevas. Y eso no es un defecto, pues el pensamiento que se cierra sobre sí mismo deja de pensar. Además, muchas disciplinas que hoy son ciencias independientes (la física, la psicología, la lógica formal) nacieron como ramas de la filosofía: las preguntas filosóficas no desaparecen cuando se responden, sino que se transforman en ciencias nuevas.

Ahora bien, la posición de Russell, con toda su elegancia, deja una pregunta sin resolver: si el valor de la filosofía está en «los bienes del espíritu», ¿no es eso una forma educada de admitir que no produce nada concreto? Savater (1999) responde a esta objeción al defender que la filosofía «no es un saber instrumental», sino una actividad que nos enseña a pensar mejor sobre lo que ya pensamos (p. 22). No se trata de acumular información nueva, sino de comprender mejor la que ya tenemos. Un estudiante de biología aprende datos sobre el cerebro; un estudiante de filosofía se pregunta si el cerebro puede comprenderse a sí mismo. La segunda pregunta no tiene respuesta empírica, pero plantearla cambia radicalmente la forma de entender las respuestas empíricas. Y esto conecta con el argumento inicial de Nagel y cierra el círculo: la filosofía no compite con la ciencia en su terreno, sino que hace algo que la ciencia no puede hacer por sí misma, examinar los conceptos y los supuestos sobre los que la propia ciencia se construye. Sin esa revisión, sabemos cada vez más cosas pero entendemos cada vez menos lo que significan. Por eso la pregunta misma de Carnap se contesta con su propia formulación: hace falta filosofía incluso para preguntarse si la filosofía sirve de algo.

A la luz de este recorrido, la oposición entre «dar respuestas» y «plantear preguntas» resulta ser una falsa dicotomía. La filosofía hace ambas cosas a la vez: cada respuesta que da abre nuevas preguntas, y cada pregunta que plantea contiene ya, implícitamente, una respuesta parcial. Detectar una incoherencia en una doctrina rival, como ocurre con el positivismo de Carnap, es ya una conclusión. Descubrir que una pregunta puede entenderse de tres maneras distintas, como mostraba Nagel, es ya una clarificación. Ninguna de estas cosas es una «respuesta definitiva» en el sentido científico, pero todas son conocimiento genuino.

Conviene delimitar la tesis. No afirmo que la filosofía dé respuestas del mismo tipo que la ciencia; afirmo que da respuestas de otro tipo, y que ahí, y no en la imitación del método científico, reside su valor. Mi tesis se sostiene mientras existan preguntas con sentido que la ciencia no pueda resolver por sí sola; si se mostrara que toda pregunta legítima es, en el fondo, empírica, entonces Carnap tendría razón y mi tesis caería. Pero esa misma afirmación no es empírica, y por eso no lo creo.

Volviendo al debate entre Russell y Copleston: ninguno convenció al otro, pero cualquiera que escuchara la discusión salió de ella pensando de forma más precisa sobre la existencia de Dios. Quien entró creyendo que la cuestión era simple descubrió que no lo era; quien entró seguro de su posición descubrió dónde tenía puntos débiles. Eso no es haber perdido el tiempo. Eso es exactamente lo que la filosofía puede hacer por nosotros: no darnos la respuesta final, sino hacernos dignos de seguir buscándola.

Bibliografía

- Carnap, R. (1932). La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje. *Erkenntnis*, 2.
- Nagel, T. (1987). *¿Qué significa todo esto? Una brevísima introducción a la filosofía*. Fondo de Cultura Económica.
- Russell, B. (1912). *Los problemas de la filosofía*. Labor.
- Savater, F. (1999). *Las preguntas de la vida*. Ariel.

(1219 palabras)

III. EVALUACIÓN

Rúbrica de evaluación

Criterio	Deficiente	Aceptable	Notable	Excelente
Estructura e introducción <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. Falta alguna parte esencial o la organización resulta confusa. La tesis no aparece con claridad.	1 pt. Introducción, desarrollo y conclusión reconocibles. La tesis se formula con claridad y se retoma al final.	1,5 pt. La introducción despliega las interpretaciones de la pregunta con sus implicaciones y justifica cuál se elige. La conclusión añade consecuencias o implicaciones actuales.	2 pt. Además, la interpretación elegida orienta de principio a fin el desarrollo, y la conclusión responde a la pregunta tal como quedó planteada en la introducción.
Argumentación <i>hasta 3,5 puntos</i>	0,5 pt. Los argumentos apenas se desarrollan. Faltan ejemplos o citas, o estas no se explican. No se consideran posiciones contrarias.	2 pt. Presenta al menos dos argumentos a favor y dos en contra, cada uno con ejemplos y una cita explicada. Los argumentos se exponen por separado, sin relacionarse entre sí.	3 pt. Se comparan las posiciones y se señalan las fortalezas y las debilidades de cada una. La valoración final está razonada.	3,5 pt. Los argumentos se responden entre sí: se concede lo que la posición contraria prueba y se muestra hasta dónde llega, o se invierte a favor de la tesis. La reflexión progresa.
Honestidad intelectual <i>hasta 1 punto</i>	0 pt. La posición contraria se caricaturiza, se presenta en su versión más débil o se le atribuye lo que no dice (hombre de paja).	0,5 pt. La posición contraria se expone correctamente, aunque de forma escueta.	0,75 pt. La posición contraria se expone en su versión más fuerte, con el mismo rigor que la propia.	1 pt. Además, se delimitan las condiciones en que la propia tesis se sostiene, o los casos que no logra resolver.
Ejemplos propios <i>hasta 1,5 puntos</i>	0,25 pt. No usa ejemplos, o solo los que aparecen en los textos de práctica y en clase.	0,75 pt. Usa algún ejemplo propio, aunque resulte decorativo o poco relacionado con el argumento.	1 pt. Usa al menos dos ejemplos propios, pertinentes y bien elegidos para el argumento que ilustran.	1,5 pt. Los ejemplos propios no solo ilustran: hacen avanzar el argumento, porque muestran algo que la cita por sí sola no mostraba.
Claridad y precisión expresiva <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. Vocabulario impreciso. Párrafos poco conectados. Frases difíciles de seguir.	1 pt. Vocabulario sencillo pero adecuado. El texto se entiende correctamente.	1,5 pt. Vocabulario preciso y uso correcto de los conceptos filosóficos. Los párrafos se enlazan con conectores adecuados y la lectura es fluida.	2 pt. Expresión rigurosa y matizada. Cada palabra dice exactamente lo que debe decir. Estilo cuidado.

Nota final: suma de los cinco criterios sobre 10 puntos, menos las penalizaciones. En cada criterio se asigna uno de los cuatro valores de la tabla, sin puntuaciones intermedias.

Sobre la estructura: quien sigue correctamente la estructura básica puede alcanzar el nivel notable. El nivel excelente exige que los argumentos se respondan entre sí, que la reflexión avance más allá de una simple acumulación de ideas.

Condiciones de entrega

Si no se cumplen, la disertación no se corrige:

- Entregada en clase, dentro del plazo establecido.
- Escrita a mano, en folios en blanco, con letra legible.
- Al final del texto, tras la bibliografía, debe figurar el **número de palabras** de la disertación (sin contar la bibliografía).

El recuento forma parte del trabajo: llevarlo durante la redacción es la manera de ajustar la extensión mientras aún se puede corregir.

Penalizaciones

Concepto	Descuento
Extensión (no acumulable: se aplica solo el tramo correspondiente, sobre el número de palabras declarado) <i>Desviación de hasta 100 palabras (1100-1199 o 1601-1700)</i>	-0,5
<i>Desviación de 100 a 200 palabras (1000-1099 o 1701-1800)</i>	-1
<i>Desviación superior a 200 palabras (menos de 1000 o más de 1800)</i>	-2
Presentación (acumulable hasta un máximo de -1) <i>Sin sangría en la primera línea de cada párrafo</i>	-0,25
<i>Sin márgenes</i>	-0,25
<i>Tachones o correcciones visibles</i>	-0,5
Ortografía (acumulable, sin límite) <i>Por cada falta de ortografía</i>	-0,25
<i>Por cada falta de tilde</i>	-0,05

TEXTOS

Cuando alguien pregunta para qué sirve la filosofía, la respuesta debe ser agresiva ya que la pregunta se tiene por irónica y mordaz. La filosofía no sirve al Estado, ni a la Iglesia, que tienen otras preocupaciones. No sirve a ningún poder establecido. La filosofía sirve para entristecer. Una filosofía que no entristece o no contraría a nadie no es una filosofía. Sirve para detestar la estupidez, hace de la estupidez una cosa vergonzosa. Sólo tiene un uso: denunciar la bajeza en todas sus formas. ¿Existe alguna disciplina, fuera de la de filosofía, que se proponga la crítica de todas las mixtificaciones, sea cual sea su origen y su fin? Denunciar todas las ficciones sin las que las fuerzas reactivas no podrían prevalecer. Denunciar en la mixtificación esta mezcla de bajeza y estupidez que forma también la asombrosa complicidad de las víctimas y de los autores. En fin, hacer del pensamiento algo agresivo, activo, afirmativo. Hacer hombres libres, es decir, hombres que no confunden los fines de la cultura con el provecho del Estado, la moral y la religión. Combatir el resentimiento, la mala conciencia, que ocupan el lugar del pensamiento. Vencer lo negativo y sus falsos prestigios. ¿Quién, a excepción de la filosofía, se interesa por todo esto? La filosofía como crítica nos dice lo más positivo de sí misma: empresa de desmitificación. Y, a este respecto, que nadie se atreva a proclamar el fracaso de la filosofía. Por muy grandes que sean la estupidez y la bajeza serían aún mayores si no subsistiera un poco de filosofía que, en cada época, les impide ir todo lo lejos que quisieran... pero, ¿quién a excepción de la filosofía se lo prohíbe?

Deleuze, G. (1962). *Nietzsche y la filosofía*. Anagrama, pp. 149-150.

La principal ocupación de la filosofía es cuestionar y aclarar algunas ideas muy comunes que todos nosotros usamos cada día sin pensar sobre ellas. Un historiador puede preguntarse qué sucedió en tal momento del pasado, pero un filósofo preguntará: ¿qué es el tiempo? Un matemático puede investigar las relaciones entre los números, pero un filósofo preguntará ¿qué es un número? Un físico se preguntará de qué están hechos los átomos o qué explica la gravedad, pero un filósofo preguntará ¿cómo podemos saber que hay algo fuera de nuestras mentes? Un psicólogo puede investigar cómo los niños aprenden un lenguaje, pero un filósofo preguntará ¿por qué una palabra significa algo? Cualquiera puede preguntarse si está mal colarse en el cine sin pagar, pero un filósofo preguntará ¿por qué una acción es buena o mala?

Nagel, Th. (1995). *¿Qué significa todo esto? Una brevísima introducción a la filosofía*. FCE, p. 3.

No queremos más información sobre lo que pasa sino saber qué significa la información que tenemos, cómo debemos interpretarla y relacionarla con otras informaciones anteriores o simultáneas, qué supone todo ello en la consideración general de la realidad en que vivimos, cómo podemos o debemos comportarnos en la situación así establecida. Éstas son precisamente las preguntas a las que atiende lo que vamos a llamar filosofía. Digamos que se dan tres niveles distintos de entendimiento: a) la información, que nos presenta los hechos y los mecanismos primarios de lo que sucede; b) el conocimiento, que reflexiona sobre la información recibida, jerarquiza su importancia significativa y busca principios generales para ordenarla; c) la sabiduría, que vincula el conocimiento con las opciones vitales o valores que podemos elegir, intentando establecer cómo vivir mejor de acuerdo con lo que sabemos. Creo que la ciencia se mueve entre el nivel a) y el b) de conocimiento, mientras que la filosofía opera entre el b) y el c). De modo que no hay información propiamente filosófica, pero sí puede haber conocimiento filosófico y nos gustaría llegar a que hubiese también sabiduría filosófica.

Savater, F. (1999). *Las preguntas de la vida*. Ariel, p. 14.

La filosofía griega es, por el contrario, investigación. Nace de un acto fundamental de libertad frente a la tradición, las costumbres y cualquier creencia aceptada como tal. Su fundamento consiste en que el hombre no posee la sabiduría sino que debe buscarla: no es sofía sino filosofía, amor a la sabiduría, indagación directa para rastrear la verdad más allá de las costumbres, de las tradiciones y de las apariencias. Según los griegos, cualquier hombre puede filosofar porque el hombre es «animal racional» y su racionalidad significa la posibilidad de buscar la verdad de forma autónoma. La filosofía griega es investigación racional, es decir, autónoma, que no se apoya en una verdad ya manifiesta o revelada sino sólo en la fuerza de la razón, a la que se reconoce como su única guía. Su término polémico es habitualmente la opinión corriente, la tradición, el mito, más allá de los cuales trata ella de avanzar; y cuando llega a una confirmación de la tradición, esta confirmación deriva su valor únicamente de la fuerza del discurso filosófico.

Abbagnano, N. (1994). *Historia de la filosofía*. Vol. 1. Hora, p. 4.

¿Qué es la filosofía? Muchos se dan por satisfechos con la respuesta etimológico-psicológica: es el amor al saber. Como si el amor o el deseo de saber tuviera que ser, por sí mismo, filosófico, siendo así que casi siempre el deseo de saber es de índole práctica, tecnológica o científica, y muchas veces frívola curiosidad o curiosidad infantil; y como si la filosofía no fuese también algo más que un mero amor al saber, es decir, como si la filosofía no comportase por sí misma un saber, por modesto que sea. En cualquier caso, el saber filosófico no es un saber doxográfico, un saber del pretérito, un saber acerca de las obras de Platón, de Aristóteles, de Hegel o de Husserl. El saber filosófico es un saber acerca del presente y desde el presente. La filosofía es un saber de segundo grado, que presupone por tanto otros saberes previos, «de primer grado» (saberes técnicos, políticos, matemáticos, biológicos...). La filosofía, en su sentido estricto, no es «la madre de las ciencias», una madre que, una vez crecidas sus hijas, puede considerarse jubilada tras agradecerle los servicios prestados. Por el contrario, la filosofía presupone un estado de las ciencias y de las técnicas suficientemente maduro para que pueda comenzar a constituirse como una disciplina definida. Por ello también las Ideas de las que se ocupa la filosofía, ideas que brotan precisamente de la confrontación de los más diversos conceptos técnicos, políticos o científicos, a partir de un cierto nivel de desarrollo, son más abundantes a medida que se produce ese desarrollo.

Bueno, G. (2021). *¿Qué es la filosofía?* Pentalfa, p. 10.

Creo que la matemática es la fuente principal de la fe en la verdad eterna y exacta y en un mundo suprasensible e inteligible. La geometría trata de círculos exactos, pero ningún objeto sensible es exactamente circular; por muy cuidadosamente que manejemos el compás, siempre habrá imperfecciones e irregularidades. Esto sugiere la idea de que todo el razonamiento exacto comprende objetos ideales, en contraposición a los sensibles; es natural seguir adelante y argüir después que el pensamiento es más noble que los sentidos y los objetos de la idea más reales que los que percibimos por los sentidos. Las doctrinas místicas respecto a la relación del tiempo con la eternidad también se apoyaron en las matemáticas puras, porque los objetos, como los números, si son reales, son eternos y no colocados en el tiempo. Estos objetos eternos pueden ser concebidos como pensamientos de Dios. De allí se deriva la doctrina de Platón de que Dios es un geómetra, y la de sir James Jeans de que Dios ama la aritmética. La religión racionalista en contraposición a la apocalíptica ha sido completamente dominada desde Pitágoras y, sobre todo, desde Platón, por las matemáticas y sus métodos.

Russell, B. (2004). *Historia de la filosofía occidental*. Austral, p. 64.

Las tradicionales disputas de los filósofos son, en su mayoría, tan injustificables como infructuosas. El modo más seguro de terminarlas consiste en establecer incuestionablemente cuáles podrían ser el objetivo y el método de una investigación filosófica. Podemos comenzar por la crítica de la tesis metafísica de que la filosofía nos proporciona el conocimiento de una realidad que trasciende el mundo de la ciencia y del sentido común. Mantendremos que ninguna declaración referida a una «realidad» que trascienda los límites de toda posible experiencia sensorial pueda tener ninguna significación literal; de lo cual debe seguirse que los trabajos de quienes se han esforzado por describir tal realidad han estado todos dedicados a la producción de contrasentidos. Nuestra acusación contra el metafísico no estriba en que éste pretenda utilizar el conocimiento en un campo en el que no puede aventurarse provechosamente, sino en que produce frases que no logran ajustarse a las condiciones que una frase ha de satisfacer, necesariamente, para ser literalmente significativa.

Ayer, A. J. (1984). *Lenguaje, verdad y lógica*. Orbis, pp. 35-37.

En el campo de la metafísica (incluyendo la filosofía de los valores y la ciencia normativa), el análisis lógico ha conducido al resultado negativo de que las pretendidas proposiciones de dicho campo son totalmente carentes de sentido. Con esto se ha obtenido una eliminación tan radical de la metafísica como no fue posible lograrla a partir de los antiguos puntos de vista antimetafísicos. Al decir que las llamadas proposiciones de la metafísica carecen de sentido, hemos usado estos términos en su acepción más estricta. Nosotros no consideramos a la metafísica como una «mera quimera» o «un cuento de hadas». Las proposiciones de los cuentos de hadas no entran en conflicto con la lógica sino sólo con la experiencia; tienen pleno sentido aunque sean falsas. La metafísica no es tampoco una «superstición»; es perfectamente posible creer tanto en proposiciones verdaderas como en proposiciones falsas, pero no es posible creer en secuencias de palabras carentes de sentido. Las proposiciones metafísicas no resultan aceptables ni aun consideradas como «hipótesis de trabajo», ya que para una hipótesis es esencial la relación de derivabilidad con proposiciones empíricas, y esto es justamente lo que falta a las pseudoproposiciones.

Carnap, R. (1993). «La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje», en Ayer, A. J. *El positivismo lógico*. FCE, pp. 1-2.

PROPUESTA DE TEMA

¿De dónde provienen las ideas que tenemos?

CÓMO HACER UNA DISERTACIÓN FILOSÓFICA

La disertación filosófica es un texto argumentativo en el que defiendes una posición razonada ante una pregunta filosófica. No se trata de dar tu opinión sin más, sino de construir una respuesta fundamentada en argumentos, apoyada en lo que han dicho los filósofos y capaz de considerar posiciones contrarias a la tuya. La finalidad de una disertación es llegar a una verdad lo más objetiva posible, esto es, que pueda ser compartida por todo ser racional. Todos los argumentos, estés personalmente de acuerdo o en desacuerdo con ellos, deben ser expuestos con el máximo rigor y fuerza. La extensión debe estar entre 1200 y 1600 palabras.

I. TRABAJO PREVIO

Paso 1: Elige la pregunta que más te interese

Elige la pregunta sobre la que tengas una opinión más clara, la que te resulte más cercana o la que te provoque más curiosidad. Si tienes una opinión fuerte sobre ella, aunque sea en contra, eso es buena señal: significa que tienes algo que decir. Ve a lo más cercano y sencillo para ti. La complejidad la encontrarás según profundices.

Paso 2: Busca las posibles interpretaciones

Las preguntas filosóficas contienen conceptos que pueden entenderse de varias maneras. Identifica las palabras clave y pregúntate qué pueden significar. Cada significado diferente produce una **interpretación** distinta de la pregunta.

Por ejemplo, la pregunta *¿Puede la imaginación ser fuente de conocimiento?* admite al menos tres interpretaciones:

- **Interpretación A:** ¿Produce la imaginación conocimiento genuino por sí misma, o solo recombina de formas nuevas lo que ya conocemos por otra vía?
- **Interpretación B:** ¿Es la imaginación necesaria para el conocimiento científico (para formular hipótesis, diseñar experimentos mentales, construir modelos), o es un obstáculo que la ciencia debe superar?
- **Interpretación C:** ¿Hay verdades que solo la imaginación puede alcanzar (verdades artísticas, morales, existenciales) aunque no sean verificables empíricamente?

 **Tip:** Si no se te ocurren varias interpretaciones, prueba a cambiar una palabra clave por un sinónimo: *no es lo mismo ¿puede la imaginación ser fuente de conocimiento? que ¿nos enseña algo la imaginación? o ¿es la imaginación enemiga o aliada de la razón? o ¿hay verdades que solo se alcanzan imaginando?*

Paso 3: Piensa en las implicaciones y elige una interpretación

Cada interpretación tiene **implicaciones** distintas. Pregúntate: si respondiera que sí, ¿qué se seguiría de ello? ¿Y si respondiera que no? La interpretación más interesante suele ser la que tiene las implicaciones más profundas.

Por ejemplo:

- Si la imaginación solo recombina lo que ya sabemos (A), no es realmente una fuente de conocimiento sino un instrumento secundario, y su prestigio en la cultura (la «creatividad» como valor) estaría injustificado. Pero si produce algo nuevo, habría que explicar cómo una facultad que inventa ficciones puede también descubrir verdades.
- Si la imaginación es necesaria para la ciencia (B), entonces la ciencia no es pura racionalidad ni pura observación, y habría que repensar la imagen del científico como alguien que solo sigue datos y reglas.
- Si hay verdades que solo la imaginación alcanza (C), el conocimiento no se reduce a lo que la ciencia puede demostrar, y habría que preguntarse si la filosofía, el arte o la literatura producen un tipo de saber que la ciencia no puede sustituir.

Ahora **elige** la interpretación que te parezca más relevante y explica por qué las otras lo son menos. Sé coherente: sería contradictorio argumentar que la A es la más importante y luego trabajar con la C. Las implicaciones te ayudan a decidir: la interpretación que más cosas pone en juego suele ser la mejor para una disertación.

Paso 4: Formula tu tesis

Escribe en una frase la respuesta que vas a defender. Debe ser clara, concreta y discutible: alguien razonable debería poder estar en desacuerdo con ella. La tesis no contiene argumentos: eso viene después. Puede llevar matices y condiciones (pero, aunque, cuando), pero no justificaciones: si tu tesis lleva un «porque», ese «porque» es tu primer argumento, y su sitio es el desarrollo.

Ejemplos de buenas tesis:

- *La imaginación no es una fuente de conocimiento independiente, pero es una condición necesaria para todo conocimiento genuino: sin ella, ni la razón ni los sentidos podrían ir más allá de lo inmediato.*
- *La imaginación es enemiga del conocimiento: todo lo que sabemos de verdad proviene de la experiencia o de la razón, y la imaginación solo añade fantasías.*

Ejemplos de malas tesis:

- *La imaginación es importante.* (Demasiado vago.)
- *Todos los filósofos han hablado de la imaginación.* (No responde a la pregunta.)
- *Sin imaginación no hay nada.* (No tiene en cuenta ninguna objeción.)

 **Tip:** A medida que investigas puede que descubras que tu tesis inicial era incorrecta. Puedes modificarla o reflejar en la conclusión por qué has cambiado de opinión. Una disertación se escribe para llegar a una verdad, no para demostrar que tenemos razón.

Paso 5: Busca argumentos y trabaja con las fuentes

Lee los textos de la pestaña de Práctica y los libros disponibles de la bibliografía buscando argumentos a favor y en contra de tu tesis. Para cada argumento que encuentres, anota:

- La idea principal, con tus propias palabras.
- La referencia completa: autor, año, título y página.
- Tu reacción: ¿estás de acuerdo?, ¿se te ocurre una objeción?, ¿te recuerda a otro autor?

Cómo citar. Hay cuatro formas:

Cita directa narrativa. Usa esta opción para dar importancia y protagonismo al pensador en tu texto. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. El año va inmediatamente después de su nombre.

Ejemplo: Hobbes (*Leviatán*, I, 2, p. 13) sostiene que «la imaginación no es sino sensación en decadencia», de modo que no es una facultad creadora sino un mero eco de lo percibido.

Cita directa parentética. Usa esta opción cuando quieres que el lector se concentre primero en la idea. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. Los datos del autor quedan en segundo plano al final de la frase.

Ejemplo: Frente a quienes ven en la imaginación una facultad creadora, se ha sostenido que «la imaginación no es sino sensación en decadencia» (Hobbes, *Leviatán*, I, 2, p. 13).

Cita indirecta narrativa. Explicas la idea con tus propias palabras, pero introduces la frase mencionando directamente al autor.

Ejemplo: Hobbes sostiene que la imaginación no es una facultad creadora sino un debilitamiento progresivo de las impresiones sensoriales: lo que imaginamos no es más que el eco de lo que una vez percibimos (Hobbes, *Leviatán*, I, 2, p. 13).

Cita indirecta parentética. Explicas la idea con tus propias palabras y colocas toda la información de la fuente junta al cerrar el punto.

Ejemplo: Lo que llamamos imaginación no sería más que el rastro debilitado de percepciones anteriores, sin capacidad de generar nada nuevo (Hobbes, *Leviatán*, I, 2, p. 13).

En todos los casos, después de la cita hay que **explicar** qué quiere decir el autor y **relacionarla** con tu argumento. Una cita sin explicación no demuestra nada.

💡 **Tip:** Cita con año y página la **primera vez** que atribuyes una idea a un autor. Después, si solo recuerdas o resumes algo que ya has citado antes (por ejemplo, en la valoración o en la conclusión), basta con nombrarlo: «como muestra Hobbes...». Repetir el año y la página cada vez que aparece un apellido no es más riguroso, solo más pesado. La regla es sencilla: **idea nueva, cita completa; idea ya citada, solo el apellido**.

Paso 6: Haz un esquema

Antes de redactar, escribe en tu cuaderno un esquema con la introducción (interpretaciones, implicaciones, elección razonada, tesis), los argumentos a favor y en contra con sus citas, la valoración, la delimitación de tu tesis y la conclusión. Este esquema es tu hoja de ruta.

II. REDACCIÓN

Estructura de la disertación

Introducción (aprox. 15% del texto). Consta de dos partes:

- **Primer párrafo:** presenta el problema con un gancho que atraiga al lector (una imagen, una paradoja, un dato, una experiencia), despliega las interpretaciones posibles con sus implicaciones, justifica cuál es la más relevante y termina reformulando la pregunta tal como vas a responderla. Esa formulación final es importante: tu conclusión tendrá que responder exactamente a ella.
- **Segundo párrafo:** formula tu tesis de forma clara y concreta.

💡 **Tip:** el gancho es el lugar más fácil para colocar un ejemplo propio, y los ejemplos propios puntúan en la rúbrica. Una anécdota, un caso real o una experiencia tuya que plantee el problema vale más que empezar directamente con un filósofo. Además, empezar por algo tuyo es más fácil que empezar por Kant.

Desarrollo (aprox. 70% del texto). Aquí hay dos formas de trabajar:

- **Estructura básica**, para quien necesita un guion claro:

Con esta estructura, hecha correctamente, puedes llegar al nivel notable.

- **Estructura dialéctica**, para quien quiere ir más allá:

En lugar de separar los argumentos en dos bloques, construye una conversación entre posiciones. Los argumentos se responden entre sí, se señalan sus límites sobre la marcha y el pensamiento progresa. No hay un bloque a favor y un bloque en contra: hay un recorrido en el que cada paso surge del anterior.

Por ejemplo, en lugar de escribir:

Argumento a favor 1: Kant defiende que la imaginación sintetiza los datos de los sentidos. Argumento a favor 2: Hume reconoce que todo razonamiento sobre el futuro depende de la imaginación.

Argumento en contra 1: Platón sitúa la imaginación en el nivel más bajo del conocimiento... Argumento en contra 2: Locke sostiene que la imaginación solo recombina ideas ya conocidas...

Podrías escribir:

Platón sitúa la imaginación en el nivel más bajo de su jerarquía del conocimiento, y Descartes coincide al mostrar que lo que imaginamos de la cera cambia mientras que lo que entendemos permanece. Pero ambos recurren a la imaginación en sus propios argumentos (las alegorías de Platón, el genio maligno de Descartes), lo que sugiere que la relación entre imaginación y conocimiento es más compleja de lo que admiten...

Esta estructura es más exigente pero produce disertaciones mucho más ricas.

Herramientas para trabajar los argumentos

Estas cuatro operaciones sirven para manejar cualquier argumento, sea tuyo o de la posición contraria. No hay que usarlas todas ni en todas las disertaciones: son ayudas para cuando no sepas cómo seguir. Las dos primeras te servirán en cualquier estructura. Las dos últimas, acotar e invertir, son las que hacen posible la estructura dialéctica: sin ellas, los argumentos no pueden responderse entre sí.

Conceder. Reconocer lo que un argumento tiene de razón antes de responderle. Se escribe con fórmulas como «esta objeción es seria, porque...» o «hay algo verdadero en esta idea». Parece una debilidad y es lo contrario: quien reconoce la fuerza del contrario y aun así le responde resulta mucho más convincente que quien finge que el contrario no decía nada. Lo opuesto es una falacia, el **hombre de paja**: debilitar la posición contraria para vencerla con facilidad. Ten presente que en la rúbrica el

hombre de paja puntúa cero en honestidad intelectual: si la posición contraria queda ridícula en tu texto, es casi seguro que la has caricaturizado.

Buscar un contraejemplo. Si un argumento afirma algo con «todos», «siempre» o «nunca», un solo caso contrario lo derriba. Si alguien dice «todos los profesores mandan deberes» y encuentras uno que no manda, la afirmación era falsa. Cuidado: contra «la mayoría de los profesores mandan deberes» un caso contrario no prueba nada, porque esa afirmación ya contaba con las excepciones. Esta herramienta no siempre podrá usarse, y no pasa nada: solo funciona con afirmaciones universales.

Acotar. Aceptar que un argumento prueba algo y mostrar hasta dónde llega de verdad: «*tienes razón, pero no tanta*». La manera habitual de acotar es **distinguir**: separar dos cosas que estaban mezcladas y mostrar que el argumento vale para una pero no para la otra. La distinción puede ser **de grado** (los videojuegos no son malos; jugar demasiado, sí) o **de aspecto** (que todos los ladrillos de un edificio vengan de la fábrica no significa que el plano del edificio venga de ella). Acotar sirve también con tu propia tesis: decir bajo qué condiciones se sostiene, o qué casos no resuelve, puntúa en la rúbrica.

Invertir. Mostrar que un argumento, bien entendido, prueba lo contrario de lo que pretendía. Quien afirma que la filosofía no sirve para nada está defendiendo una tesis filosófica, así que necesita la filosofía para atacarla. Es la herramienta más espectacular cuando funciona y la más ridícula cuando se fuerza: úsala solo si la inversión es real.

 **Tip:** existen más herramientas (el experimento mental, la reducción al absurdo, el dilema, la autorrefutación) explicadas con ejemplos en la página de Técnicas argumentales.

Cómo comprobar tu desarrollo

Muchas disertaciones parecen dialécticas y son una lista disfrazada. Hay dos pruebas para comprobarlo antes de entregar.

La prueba del orden. Coge dos argumentos que estén del mismo lado (dos a favor, o dos en contra) e imagina que los intercambias. ¿Se entiende igual? Si sí, están **yuxtapuestos**: cada uno va por su cuenta, como en una lista. Si no, porque el segundo se apoyaba en el primero o respondía a una objeción que este había dejado abierta, hay una **cadena**. En una estructura dialéctica de verdad, casi ningún párrafo del desarrollo puede moverse sin romper algo.

La prueba de los conectores. Mira con qué palabras empieza cada párrafo del desarrollo. Los **conectores de suma** (además, por otra parte, también, en segundo lugar) indican que estás añadiendo: es una lista. Los **conectores de respuesta** (ahora bien, sin embargo, contra esto cabe objetar, conviene distinguir) indican que estás contestando a lo anterior: es una cadena.

Si todos tus párrafos empiezan con conectores de suma, tu texto es una lista, por muchos autores que cites. Y no se arregla cambiando las palabras: hay que cambiar lo que hacen los párrafos.

Conclusión (aprox. 15% del texto). Debe hacer tres cosas:

- Responder a la pregunta **tal como la reformulaste al final de la introducción**, explicando si te reafirmas en la tesis o si cambias de postura, y qué argumentos han pesado más.
- Delimitar tu tesis: bajo qué condiciones se sostiene, qué casos no resuelve, o qué tendría que ocurrir para que dejara de ser válida. Ninguna tesis lo explica todo, y precisarlo no la debilita: la hace más fuerte. La rúbrica lo premia dentro de la honestidad intelectual.
- Señalar las consecuencias o implicaciones para el mundo actual.

 **Tip:** Las mejores conclusiones vuelven al principio y cierran el círculo. Si abriste con una imagen, una pregunta o un dato sorprendente, retómalo aquí y muestra cómo tu argumentación le ha dado un sentido nuevo.

Bibliografía. Al final del texto, tras la conclusión, incluye una lista de las obras que has citado. No cuenta para el límite de palabras. El formato es el siguiente:

- Apellido, N. (año). *Título de la obra* (trad. N. Apellido). Editorial.

Por ejemplo:

- Hobbes, T. (1651). *Leviatán*. Alianza.
- Kant, I. (1781). *Crítica de la razón pura*. Taurus.

Consejos de redacción

- *Busca una apertura que enganche: una imagen, una paradoja, un dato sorprendente, una pregunta provocadora, una experiencia personal.*
- *Haz frases cortas y claras. Evita las subordinadas en cadena.*
- *Busca las palabras exactas. Evita afirmaciones vagas.*
- *Los ejemplos que puntúan como propios son los que no aparecen ni en los textos de práctica ni en clase: de tu experiencia, de la actualidad, de la naturaleza, de la cultura. Un buen ejemplo propio no solo adorna: si al quitarlo el argumento pierde fuerza, es que estaba haciendo trabajo de verdad. Esa es la diferencia que la rúbrica premia.*
- *Una cita sola, sin explicación, no demuestra nada. Explica siempre qué quiere decir el autor y por qué es relevante para tu argumento.*
- *Un argumento no es una frase. Requiere desarrollo, ejemplo y, si puede ser, una cita explicada.*
- *Reserva la primera persona para la tesis y la conclusión. En el desarrollo, expón los argumentos de forma impersonal.*

Fases de escritura

Producción. Escribe todas las ideas sin preocuparte por el orden ni la corrección. El objetivo es sacar todo lo que tienes en la cabeza.

Edición. Ordena las ideas, redacta los párrafos, integra las citas con su explicación, conecta los argumentos entre sí.

Revisión. Lee el texto completo: ¿se entiende la tesis?, ¿los argumentos la sostienen?, ¿las citas están explicadas?, ¿la conclusión responde a la pregunta y delimita la tesis? Aplica la prueba del orden y la de los conectores. Comprueba la ortografía, cuenta las palabras y pasa a limpio.

Ejemplo de disertación

La siguiente disertación es un ejemplo de cómo aplicar los pasos anteriores. No es un modelo perfecto: es un ejemplo de trabajo bien hecho que puedes usar como referencia.

¿Puede la imaginación ser fuente de conocimiento?

Antes de que nadie pudiera demostrar que la Tierra gira alrededor del Sol, alguien tuvo que imaginarlo. Copérnico no observó el movimiento de la Tierra (es imposible sentirlo), sino que concibió mentalmente un modelo en el que los planetas orbitaban alrededor del Sol y comprobó que ese modelo explicaba mejor los datos astronómicos conocidos. El punto de partida no fue una observación ni una deducción lógica, sino un acto de imaginación: ¿y si el centro no fuera la Tierra sino el Sol? Toda la astronomía moderna nace de esa pregunta imaginaria. Pero ¿significa eso que la imaginación produce conocimiento, o solo produce hipótesis que luego la razón y la experiencia deben verificar? La pregunta «¿puede la imaginación ser fuente de conocimiento?» admite varias lecturas. Puede referirse a si la imaginación produce conocimiento genuino por sí misma, o si solo recombina de formas nuevas lo que ya conocemos por otra vía: si solo recombina, no es realmente una fuente sino un instrumento, y su aportación es técnica, no epistémica. Puede referirse a si la imaginación es necesaria para el conocimiento científico, para formular hipótesis, diseñar experimentos mentales y construir modelos: si lo es, la ciencia no es pura razón ni pura observación, sino que depende de una facultad tradicionalmente asociada con la ficción y el error. O puede referirse a si hay verdades que solo la imaginación puede alcanzar (verdades artísticas, morales, existenciales) aunque no sean verificables empíricamente: si las hay, el conocimiento no se reduce a lo que la ciencia puede demostrar. Esta última lectura es la más fecunda, porque obliga a repensar qué entendemos por «conocimiento» y a preguntarse si los límites que habitualmente le ponemos no son demasiado estrechos. La pregunta, entonces, es esta: ¿es la imaginación una facultad que produce conocimiento legítimo, o es una fuente de ilusiones que la razón debe controlar?

La tesis que defenderé es que la imaginación no es una fuente de conocimiento independiente, pero es una condición necesaria para todo conocimiento genuino: sin ella, ni la razón ni los sentidos podrían ir más allá de lo inmediato.

Platón sitúa la imaginación en el nivel más bajo de su jerarquía del conocimiento. En la alegoría de la línea dividida, la eikasía (la capacidad de percibir imágenes y sombras) ocupa el escalón inferior, por debajo de la creencia, el razonamiento y la contemplación de las Ideas (Platón, *República*, 509d-511e, p.

335). Para Platón, la imaginación nos aleja de la verdad porque trabaja con copias de copias: no muestra las cosas como son sino como aparecen, y cuanto más nos dejamos guiar por imágenes, más nos alejamos de la realidad. Descartes coincide desde otro ángulo cuando analiza un trozo de cera en las *Meditaciones*: lo que imaginamos de la cera (su color, su olor, su forma) cambia al acercarla al fuego, pero lo que entendemos de ella (que es una sustancia extensa) permanece idéntico (Descartes, *Meditaciones metafísicas*, II, p. 28). La imaginación nos presenta la cera de mil maneras distintas, todas ellas inestables; solo el entendimiento puro, libre de imágenes, capta su naturaleza real. Si Platón y Descartes tienen razón, la imaginación no solo no produce conocimiento sino que lo obstaculiza: es una fuente de confusión que la razón debe aprender a dejar atrás. Pero hay una paradoja que ninguno de los dos resuelve satisfactoriamente: Platón, el filósofo que desconfía de las imágenes, construye su filosofía sobre algunas de las imágenes más poderosas de la historia del pensamiento (la caverna, el carro alado, el anillo de Giges). Si la imaginación fuera pura distorsión, ¿por qué recurrir a ella para transmitir la verdad? Y Descartes, al imaginar un genio maligno que le engaña, necesita un acto de imaginación para poner en marcha su método racional. Algo no encaja.

Locke ofrece un argumento que parece zanjar la cuestión a favor de quienes desconfían de la imaginación. En el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, defiende que todas nuestras ideas proceden de la experiencia: unas de la sensación y otras de la reflexión sobre nuestras propias operaciones mentales (Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, II, 1, §2, p. 83). La imaginación, en este marco, no crea nada nuevo: solo combina ideas que ya teníamos. Podemos imaginar una montaña de oro porque conocemos las montañas y conocemos el oro, pero la «montaña de oro» no añade ningún conocimiento que no estuviera ya en sus partes. Hume comparte esta intuición cuando distingue entre impresiones e ideas: las ideas son copias debilitadas de las impresiones, y la imaginación se limita a «mezclar, componer, separar y dividir» esas copias (Hume, *Investigación sobre el entendimiento humano*, II, p. 30). Si la imaginación solo recombina, no puede ser fuente de conocimiento genuino: lo más que produce son ficciones, a veces útiles, a veces entretenidas, pero nunca verdaderas en sentido estricto. Sin embargo, el propio Hume descubre algo que complica gravemente esta conclusión: todo nuestro razonamiento sobre el futuro depende de la imaginación. Cuando creemos que el sol saldrá mañana, no estamos observando un hecho presente ni deduciendo una verdad lógica: estamos imaginando que el futuro repetirá el pasado. La costumbre nos lleva a proyectar una regularidad que hemos observado, y esa proyección es un acto imaginativo. Si Hume tiene razón, la imaginación no es solo un juguete del espíritu: es la base misma de toda previsión, toda planificación y toda ciencia inductiva. Negar que la imaginación contribuye al conocimiento implicaría negar que sabemos algo sobre el futuro, y eso es una consecuencia que nadie está dispuesto a aceptar.

Kant lleva esta intuición a sus últimas consecuencias. En la *Crítica de la razón pura*, identifica una facultad que llama «imaginación trascendental», a la que describe como «un arte oculto en las profundidades del alma humana» (Kant, *Crítica de la razón pura*, A 141/B 180, p. 183). Para Kant, la imaginación no es simplemente la capacidad de inventar ficciones: es la facultad que sintetiza los datos caóticos de los sentidos y los organiza en objetos coherentes. Sin la imaginación, no veríamos una mesa al mirar una superficie con cuatro patas: veríamos manchas de color, formas geométricas y sensaciones táctiles dispersas, sin conexión entre sí. Es la imaginación la que unifica todo eso en un objeto reconocible. Esto significa que la imaginación no es una fuente alternativa de conocimiento frente a la razón y los sentidos, sino la condición de posibilidad de ambos: sin ella, no podríamos ni percibir ni pensar. La respuesta de Kant a Platón y Descartes es radical: lejos de ser el escalón más bajo del conocimiento, la imaginación es la base sobre la que todo el edificio se construye. Pero, y esta matización es crucial, Kant no dice que la imaginación por sí sola produzca conocimiento válido. Lo que produce es la síntesis sin la cual el conocimiento sería imposible; pero esa síntesis necesita ser guiada por los conceptos del entendimiento y alimentada por los datos de la experiencia. La imaginación sin razón produce fantasías; la razón sin imaginación produce esquemas vacíos. Solo cuando trabajan juntas generan conocimiento genuino.

Y aquí es donde el recorrido alcanza su punto de convergencia. Locke y Hume tenían razón al decir que la imaginación recombina; pero se quedaron cortos al reducirla a eso, porque la recombinação imaginativa es precisamente lo que permite formular hipótesis, construir modelos y anticipar el futuro, cosas sin las cuales la ciencia no existiría. Platón y Descartes tenían razón al desconfiar de la imaginación como fuente de ilusiones; pero no advirtieron que sus propias herramientas filosóficas (las

alegorías de Platón, el experimento mental de la cera y el genio maligno de Descartes) eran actos imaginativos al servicio de la verdad. Kant supo ver lo que los demás no vieron: que la imaginación no es ni puro engaño ni puro descubrimiento, sino la condición que hace posible tanto uno como otro. Todo depende de si la imaginación opera sola o acompañada de razón y experiencia. Copérnico imaginó que la Tierra giraba alrededor del Sol, y eso fue el comienzo de la astronomía moderna; pero alguien que imagina que la Tierra es plana y se niega a contrastar su imagen con los datos no está conociendo: está fantaseando. La diferencia no está en la facultad misma, sino en lo que hacemos con ella después.

Conviene delimitar la tesis. No sostengo que la imaginación garantice por sí sola ningún conocimiento, ni que toda ficción sea un paso hacia la verdad; sostengo que sin ella no hay tránsito posible de lo dado a lo nuevo. Mi tesis se sostiene mientras la imaginación vaya acompañada de un procedimiento (razón, experiencia, contraste) que la someta a control. Si se mostrara un caso de conocimiento genuino que prescindiera por completo de todo acto imaginativo previo, mi tesis caería; no conozco ese caso.

Volviendo al ejemplo inicial: la imaginación de Copérnico no demostró nada por sí sola. Hicieron falta siglos de observaciones, cálculos y correcciones, de Kepler a Galileo, de Galileo a Newton, para confirmar lo que Copérnico había imaginado. Pero sin ese acto inicial de imaginación, no habría habido nada que confirmar. Esa es la paradoja de la imaginación como fuente de conocimiento: no puede dar el último paso (la verificación, la prueba, la demostración), pero es siempre la que da el primero. Y sin primer paso, no hay camino.

Bibliografía

- Descartes, R. (1641). *Meditaciones metafísicas*. Alfaguara.
- Hume, D. (1748). *Investigación sobre el entendimiento humano*. Alianza.
- Kant, I. (1781). *Crítica de la razón pura*. Taurus.
- Locke, J. (1690). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Fondo de Cultura Económica.
- Platón (siglo IV a. C.). *República*. Gredos.

(1543 palabras)

III. EVALUACIÓN

Rúbrica de evaluación

Criterio	Deficiente	Aceptable	Notable	Excelente
Estructura e introducción <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. Falta alguna parte esencial o la organización resulta confusa. La tesis no aparece con claridad.	1 pt. Introducción, desarrollo y conclusión reconocibles. La tesis se formula con claridad y se retoma al final.	1,5 pt. La introducción despliega las interpretaciones de la pregunta con sus implicaciones y justifica cuál se elige. La conclusión añade consecuencias o implicaciones actuales.	2 pt. Además, la interpretación elegida orienta de principio a fin el desarrollo, y la conclusión responde a la pregunta tal como quedó planteada en la introducción.
Argumentación <i>hasta 3,5 puntos</i>	0,5 pt. Los argumentos apenas se desarrollan. Faltan ejemplos o citas, o estas no se explican. No se consideran posiciones contrarias.	2 pt. Presenta al menos dos argumentos a favor y dos en contra, cada uno con ejemplos y una cita explicada. Los argumentos se exponen por separado, sin relacionarse entre sí.	3 pt. Se comparan las posiciones y se señalan las fortalezas y las debilidades de cada una. La valoración final está razonada.	3,5 pt. Los argumentos se responden entre sí: se concede lo que la posición contraria prueba y se muestra hasta dónde llega, o se invierte a favor de la tesis. La reflexión progresa.
Honestidad intelectual <i>hasta 1 punto</i>	0 pt. La posición contraria se caricaturiza, se presenta en su versión más débil o se le atribuye lo que no dice (hombre de paja).	0,5 pt. La posición contraria se expone correctamente, aunque de forma escueta.	0,75 pt. La posición contraria se expone en su versión más fuerte, con el mismo rigor que la propia.	1 pt. Además, se delimitan las condiciones en que la propia tesis se sostiene, o los casos que no logra resolver.
Ejemplos propios <i>hasta 1,5 puntos</i>	0,25 pt. No usa ejemplos, o solo los que aparecen en los textos de práctica y en clase.	0,75 pt. Usa algún ejemplo propio, aunque resulte decorativo o poco relacionado con el argumento.	1 pt. Usa al menos dos ejemplos propios, pertinentes y bien elegidos para el argumento que ilustran.	1,5 pt. Los ejemplos propios no solo ilustran: hacen avanzar el argumento, porque muestran algo que la cita por sí sola no mostraba.
Claridad y precisión expresiva <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. Vocabulario impreciso. Párrafos poco conectados. Frases difíciles de seguir.	1 pt. Vocabulario sencillo pero adecuado. El texto se entiende correctamente.	1,5 pt. Vocabulario preciso y uso correcto de los conceptos filosóficos. Los párrafos se enlazan con conectores adecuados y la lectura es fluida.	2 pt. Expresión rigurosa y matizada. Cada palabra dice exactamente lo que debe decir. Estilo cuidado.

Nota final: suma de los cinco criterios sobre 10 puntos, menos las penalizaciones. En cada criterio se asigna uno de los cuatro valores de la tabla, sin puntuaciones intermedias.

Sobre la estructura: quien sigue correctamente la estructura básica puede alcanzar el nivel notable. El nivel excelente exige que los argumentos se respondan entre sí, que la reflexión avance más allá de una simple acumulación de ideas.

Condiciones de entrega

Si no se cumplen, la disertación no se corrige:

- Entregada en clase, dentro del plazo establecido.
- Escrita a mano, en folios en blanco, con letra legible.
- Al final del texto, tras la bibliografía, debe figurar el **número de palabras** de la disertación (sin contar la bibliografía).

El recuento forma parte del trabajo: llevarlo durante la redacción es la manera de ajustar la extensión mientras aún se puede corregir.

Penalizaciones

Concepto	Descuento
Extensión (no acumulable: se aplica solo el tramo correspondiente, sobre el número de palabras declarado) <i>Desviación de hasta 100 palabras (1100-1199 o 1601-1700)</i>	–0,5
<i>Desviación de 100 a 200 palabras (1000-1099 o 1701-1800)</i>	–1
<i>Desviación superior a 200 palabras (menos de 1000 o más de 1800)</i>	–2
Presentación (acumulable hasta un máximo de –1) <i>Sin sangría en la primera línea de cada párrafo</i>	–0,25
<i>Sin márgenes</i>	–0,25
<i>Tachones o correcciones visibles</i>	–0,5
Ortografía (acumulable, sin límite) <i>Por cada falta de ortografía</i>	–0,25
<i>Por cada falta de tilde</i>	–0,05

TEXTOS

Existe una continuidad real entre la primera especulación racional y las representaciones religiosas que entrañaba; y eso no es únicamente asunto de analogías superficiales, como la alegórica igualdad de los elementos con los dioses de la fe popular. La filosofía heredó de la religión algunas grandes concepciones —por ejemplo, las ideas de «Dios», «alma», «destino» y «ley»— que continuaron siendo el centro de los movimientos del pensamiento racional y determinaron sus principales direcciones. La religión se expresa a sí misma mediante símbolos poéticos y personajes míticos: la filosofía prefiere el lenguaje de la seca abstracción y habla de substancia, causa, materia y otros. Pero su diferencia exterior tan sólo disfraza una afinidad interna y fundamental entre esos dos períodos sucesivos de una misma concepción. Las maneras de pensar que, en filosofía, logran definiciones claras y afirmaciones explícitas ya estaban implícitas en las irracionales intuiciones de lo mitológico.

Cornford, F. M. (1984). *De la religión a la filosofía*. Ariel, pp. 7-8.

El principio más firme de todos es, a su vez, aquel acerca del cual es imposible el error. Y tal principio es, necesariamente, el más conocido (todos se equivocan, en efecto, sobre las cosas que desconocen), y no es hipotético. No es, desde luego, una hipótesis aquel principio que ha de poseer quien conozca cualquiera de las cosas que son. Y aquello que necesariamente ha de conocer el que conoce cualquier cosa es, a su vez, algo que uno ha de poseer ya necesariamente cuando viene a conocerla. Es, pues, evidente que un principio tal es el más firme de todos. Digamos a continuación cuál es este principio: es imposible que lo mismo se dé y no se dé en lo mismo a la vez y en el mismo sentido (y cuantas precisiones habríamos de añadir, dense por añadidas frente a las dificultades dialécticas). Éste es el más firme de todos los principios, ya que posee la característica señalada. Es, en efecto, imposible que un individuo, quienquiera que sea, crea que lo mismo es y no es, como algunos piensan que Heráclito dice. Pues no es necesario creerse también las cosas que uno dice. Y es que si no es posible que los contrarios se den a la vez en lo mismo (añadamos también a esta proposición las precisiones habituales), y si la opinión que contradice a otra opinión es su contraria, es evidente que es imposible que el mismo individuo crea que lo mismo es y no es. Quien se engañara a propósito de esto tendría, en efecto, a la vez, las opiniones contrarias. Por eso, todos los que llevan a cabo demostraciones se remiten, en último término, a este convencimiento: porque, por naturaleza, él es principio también de todos los demás axiomas.

Aristóteles & Calvo, M. T. (1994). *Metafísica*, IV, 3. Gredos, pp. 172-174.

La transición de los mitos a la filosofía, del muthos al logos, como se ha dicho a veces, es mucho más radical que lo que supone un simple proceso de des-personificación o de des-mitificación, entendido tanto como un rechazo de la alegoría como de una especie de desciframiento; mucho más radical incluso (si la idea no es un completo sin-sentido) que lo que podría estar implicado en una mutación cuasi-mística de modos de pensar, del proceso intelectual mismo. Se vincula, más bien (y es su resultado), con un cambio político, social y religioso y no con un cambio puramente intelectual, realizado fuera de la cerrada sociedad tradicional (que, en su forma arquetípica, es una sociedad oral, en la que la narración de cuentos es un importante instrumento de estabilidad y de análisis), dirigido hacia una sociedad abierta, en la que los valores del pasado advienen relativamente poco importantes y la comunidad misma y su circunstancia expansiva estatuyen opiniones radicalmente nuevas.

Kirk, G. S., Raven, J. E. & Schofield, M. (1983). *Los Filósofos presocráticos I*. Gredos, p. 84.

Seguramente, los antiguos comerciantes y marineros fueron los primeros en dudar de las antiguas formas de vida tradicionales, modos de pensar e ideas religiosas de sus respectivas patrias. Allí donde se encontraban diferentes confesiones, cada una de las cuales afirmando representar la verdad, era fácil que se extendiera la duda acerca de todas ellas. De ahí que fueran las ciudades costeras y los emporios comerciales, primero en las costas del Asia Menor colonizadas por los griegos, luego en Italia, y sólo más tarde en la costa de la madre patria —por delante de todas, Atenas— aquellas en las que empezara a agitarse el pensamiento filosófico y científico, estimulado, también, por constituciones liberales y democráticas, y el desarrollo del discurso público libre condicionado por éstas.

Störig, H. J. (2012). *Historia universal de la filosofía*. Tecnos, p. 148.

¡Salud, hijas de Zeus! Otorgadme el hechizo de vuestro canto. Celebrad la estirpe sagrada de los sempiternos Inmortales, los que nacieron de Gea y del estrellado Urano, los que nacieron de la tenebrosa Noche y los que crió el salobre Ponto. Decid también cómo nacieron al comienzo los dioses, la tierra, los ríos, el ilimitado ponto de agitadas olas y, allá arriba, los relucientes astros y el anchuroso cielo. Y los que nacieron de ellos, los dioses dadores de bienes; cómo se repartieron la riqueza, cómo se dividieron los honores y cómo además, por primera vez, habitaron el Olimpo de muchos repliegues. Inspiradme esto, Musas que tenéis olímpicos palacios, desde el principio y decidme lo que de ello fue primero. En primer lugar existió el Caos. Después Gea la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los Inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. En el fondo de la tierra de anchos caminos existió el tenebroso Tártaro. Por último, Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos.

Hesíodo (1978). *Obras y fragmentos. Teogonía*. Gredos, p. 76.

Por consiguiente, no debemos dejarnos convencer por estas cosas ni creer que un dios luche contra otro, ni que maquinen o combatan unos contra otros —pues no es esto verdad—, si es que pretendemos que los guardianes de nuestra ciudad consideren como la mayor vergüenza el enfadarse entre sí frívolamente. No hay que narrarles ni presentarles composiciones artísticas de las Gigantomaquia ni de las muchas luchas de toda clase de dioses y héroes con sus parientes y allegados. Al contrario, si de algún modo hemos de persuadirles de que jamás un ciudadano ha reñido con otro, ni de que hacer eso es pecado, ése es el tipo de cosas que ancianos y ancianas deben contar a los niños desde la infancia, y aun cuando éstos se hagan mayores, los poetas deben ser obligados a componer para ellos narraciones que se avengan con estas pautas.

Platón (1988). *República. Diálogos IV*. Gredos, pp. 157-158.

La solidaridad que constatamos entre el nacimiento del filósofo y el advenimiento del ciudadano no es para sorprendernos. La ciudad realiza, en efecto, sobre el plan de las formas sociales, esta separación de la naturaleza y de la sociedad que implica, en el plano de las formas mentales, el ejercicio de un pensamiento racional. Con la ciudad, el orden político se ha desligado de la organización cósmica; aparece como una institución humana que constituye el objeto de una búsqueda inquieta, de una discusión apasionada. En este debate, que no es solamente teórico, sino en el que se afronta la violencia de grupos enemigos, la filosofía naciente interviene como teniendo cualidades para ello. La «sabiduría» del filósofo le designa para proponer los remedios a la subversión que han provocado los comienzos de una economía mercantil. Todavía allí se ve al filósofo encargarse de las funciones que pertenecían al rey sacerdote en el tiempo durante el que, estando confundidas naturaleza y sociedad, ordenaba a la vez la una y la otra. Pero, en el pensamiento político del filósofo, la transformación mental no se marca menos que en su pensamiento cosmológico. Separadas, naturaleza y sociedad forman igualmente el objeto de una reflexión más positiva y más abstracta. El orden social, llegado a ser humano, se presta a una elaboración racional por la misma razón que el orden natural, devenido physis.

Vernant, J.-P. (1973). *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Ariel, p. 354.

No se trata de una condena del mito como de algo falso en sí mismo. Sus historias e imágenes pueden ser, en un estadio primitivo de civilización, los únicos medios disponibles (e, incluso, eficaces) de expresar verdades profundas y universales. Posteriormente, un maduro pensador religioso como Platón puede elegir el mito deliberadamente, y como la culminación de un argumento lógico, para comunicar experiencias y creencias cuya realidad y naturaleza son cuestiones de mera convicción que rebasan los claros límites de una comprobación lógica. En esto consiste el mito genuino, y su validez e importancia son indudables. El peligro comienza cuando los hombres creen que han dejado todo esto atrás y confían en un método científico basado exclusivamente en una combinación de observación e inferencia lógica. La conservación inconsciente de formas de pensamiento heredadas e irracionales, encubiertas en el vocabulario de la razón, llega luego a ser un obstáculo, antes que una ayuda, en la búsqueda de la verdad.

Guthrie, W. K. C. (1984). *Historia de la filosofía griega*. Vol. I. Gredos, p. 16.

PROPUESTA DE TEMA

¿Qué utilidad tendría estudiar a los presocráticos?

CÓMO HACER UNA DISERTACIÓN FILOSÓFICA

La disertación filosófica es un texto argumentativo en el que defiendes una posición razonada ante una pregunta filosófica. No se trata de dar tu opinión sin más, sino de construir una respuesta fundamentada en argumentos, apoyada en lo que han dicho los filósofos y capaz de considerar posiciones contrarias a la tuya. La finalidad de una disertación es llegar a una verdad lo más objetiva posible, esto es, que pueda ser compartida por todo ser racional. Todos los argumentos, estés personalmente de acuerdo o en desacuerdo con ellos, deben ser expuestos con el máximo rigor y fuerza. La extensión debe estar entre 1200 y 1600 palabras.

I. TRABAJO PREVIO

Paso 1: Elige la pregunta que más te interese

Elige la pregunta sobre la que tengas una opinión más clara, la que te resulte más cercana o la que te provoque más curiosidad. Si tienes una opinión fuerte sobre ella, aunque sea en contra, eso es buena señal: significa que tienes algo que decir. Ve a lo más cercano y sencillo para ti. La complejidad la encontrarás según profundices.

Paso 2: Busca las posibles interpretaciones

Las preguntas filosóficas contienen conceptos que pueden entenderse de varias maneras. Identifica las palabras clave y pregúntate qué pueden significar. Cada significado diferente produce una **interpretación** distinta de la pregunta.

Por ejemplo, la pregunta *¿Tiene sentido buscar un principio único que explique toda la realidad?* admite al menos tres interpretaciones:

- **Interpretación A:** ¿Existe realmente un principio único del que derive todo lo que hay, o la realidad es irreductiblemente múltiple?
- **Interpretación B:** ¿Tiene valor la búsqueda misma aunque nunca se llegue a una respuesta definitiva?
- **Interpretación C:** ¿Ha confirmado la ciencia moderna la intuición presocrática de que todo se reduce a unos pocos elementos, o la ha desmentido?

 **Tip:** Si no se te ocurren varias interpretaciones, prueba a cambiar una palabra clave por un sinónimo: *no es lo mismo ¿tiene sentido buscar un principio único? que ¿puede la diversidad del mundo reducirse a una unidad? o ¿fue ingenua o visionaria la búsqueda de los presocráticos?*

Paso 3: Piensa en las implicaciones y elige una interpretación

Cada interpretación tiene **implicaciones** distintas. Pregúntate: si respondiera que sí, ¿qué se seguiría de ello? ¿Y si respondiera que no? La interpretación más interesante suele ser la que tiene las implicaciones más profundas.

Por ejemplo:

- Si ese principio único existe realmente (A), encontrarlo sería el mayor logro intelectual posible; pero si no existe, buscarlo sería perseguir un espejismo, y habría que aceptar que la realidad no admite una explicación unitaria.
- Si la búsqueda tiene valor por sí misma (B), el intento de Tales no fue un fracaso, sino el primer paso de un camino que aún recorreremos; pero si no lo tiene, veintiséis siglos de investigación habrían sido tiempo perdido.
- Si la ciencia moderna ha confirmado la intuición presocrática (C), los presocráticos fueron visionarios que anticiparon la física de partículas; pero si la ha desmentido, su búsqueda fue un error que la ciencia ha corregido.

Ahora **elige** la interpretación que te parezca más relevante y explica por qué las otras lo son menos. Sé coherente: sería contradictorio argumentar que la A es la más importante y luego trabajar con la C. Las

implicaciones te ayudan a decidir: la interpretación que más cosas pone en juego suele ser la mejor para una disertación.

Paso 4: Formula tu tesis

Escribe en una frase la respuesta que vas a defender. Debe ser clara, concreta y discutible: alguien razonable debería poder estar en desacuerdo con ella. La tesis no contiene argumentos: eso viene después. Puede llevar matices y condiciones (pero, aunque, cuando), pero no justificaciones: si tu tesis lleva un «porque», ese «porque» es tu primer argumento, y su sitio es el desarrollo.

Ejemplos de buenas tesis:

- *Lo valioso de buscar un principio único no está en hallarlo, sino en las herramientas intelectuales que la búsqueda genera.*
- *La realidad es demasiado múltiple para reducirse a un solo principio.*

Ejemplos de malas tesis:

- *Los presocráticos fueron importantes.* (Demasiado vago.)
- *Hubo muchos presocráticos con ideas distintas.* (No responde a la pregunta.)
- *Todo se reduce a un principio único.* (No tiene en cuenta ninguna objeción.)



Tip: A medida que investigas puede que descubras que tu tesis inicial era incorrecta. Puedes modificarla o reflejar en la conclusión por qué has cambiado de opinión. Una disertación se escribe para llegar a una verdad, no para demostrar que tenemos razón.

Paso 5: Busca argumentos y trabaja con las fuentes

Lee los textos de la pestaña de Práctica y los libros disponibles de la bibliografía buscando argumentos a favor y en contra de tu tesis. Para cada argumento que encuentres, anota:

- La idea principal, con tus propias palabras.
- La referencia completa: autor, año, título y página.
- Tu reacción: ¿estás de acuerdo?, ¿se te ocurre una objeción?, ¿te recuerda a otro autor?

Cómo citar. Hay cuatro formas:

Cita directa narrativa. Usa esta opción para dar importancia y protagonismo al pensador en tu texto. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. El año va inmediatamente después de su nombre.

Ejemplo: Según Heisenberg (1958), «lo que observamos no es la naturaleza misma, sino la naturaleza expuesta a nuestro método de interrogación» (p. 43), de modo que ni siquiera la ciencia registra hechos puros.

Cita directa parentética. Usa esta opción cuando quieres que el lector se concentre primero en la idea. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. Los datos del autor quedan en segundo plano al final de la frase.

Ejemplo: Los experimentos no se limitan a registrar hechos puros: «lo que observamos no es la naturaleza misma, sino la naturaleza expuesta a nuestro método de interrogación» (Heisenberg, 1958, p. 43).

Cita indirecta narrativa. Explicas la idea con tus propias palabras, pero introduces la frase mencionando directamente al autor.

Ejemplo: Heisenberg (1958) sostiene que la física moderna ha vuelto a conectar con la búsqueda presocrática de un principio unitario, porque tanto los griegos como los físicos actuales tratan de explicar la diversidad de la naturaleza con unas pocas leyes fundamentales (p. 53).

Cita indirecta parentética. Explicas la idea con tus propias palabras y colocas toda la información de la fuente junta al cerrar el punto.

Ejemplo: La física cuántica modificó el criterio tradicional de objetividad, pues los aparatos de medición influyen de forma directa en el comportamiento de las partículas observadas (Heisenberg, 1958, p. 43).

En todos los casos, después de la cita hay que **explicar** qué quiere decir el autor y **relacionarla** con tu argumento. Una cita sin explicación no demuestra nada.



Tip: Cita con año y página la **primera vez** que atribuyes una idea a un autor. Después, si solo recuerdas o resumes algo que ya has citado antes (por ejemplo, en la valoración o en la conclusión), basta con

nombrarlo: «como muestra Heisenberg...». Repetir el año y la página cada vez que aparece un apellido no es más riguroso, solo más pesado. La regla es sencilla: **idea nueva, cita completa; idea ya citada, solo el apellido**.

Paso 6: Haz un esquema

Antes de redactar, escribe en tu cuaderno un esquema con la introducción (interpretaciones, implicaciones, elección razonada, tesis), los argumentos a favor y en contra con sus citas, la valoración, la delimitación de tu tesis y la conclusión. Este esquema es tu hoja de ruta.

II. REDACCIÓN

Estructura de la disertación

Introducción (aprox. 15% del texto). Consta de dos partes:

- **Primer párrafo:** presenta el problema con un gancho que atraiga al lector (una imagen, una paradoja, un dato, una experiencia), despliega las interpretaciones posibles con sus implicaciones, justifica cuál es la más relevante y termina reformulando la pregunta tal como vas a responderla. Esa formulación final es importante: tu conclusión tendrá que responder exactamente a ella.
- **Segundo párrafo:** formula tu tesis de forma clara y concreta.

 **Tip:** el gancho es el lugar más fácil para colocar un ejemplo propio, y los ejemplos propios puntúan en la rúbrica. Una anécdota, un caso real o una experiencia tuya que plantee el problema vale más que empezar directamente con un filósofo. Además, empezar por algo tuyo es más fácil que empezar por Kant.

Desarrollo (aprox. 70% del texto). Aquí hay dos formas de trabajar:

- **Estructura básica**, para quien necesita un guion claro:

Con esta estructura, hecha correctamente, puedes llegar al nivel notable.

- **Estructura dialéctica**, para quien quiere ir más allá:

En lugar de separar los argumentos en dos bloques, construye una conversación entre posiciones. Los argumentos se responden entre sí, se señalan sus límites sobre la marcha y el pensamiento progresa. No hay un bloque a favor y un bloque en contra: hay un recorrido en el que cada paso surge del anterior.

Por ejemplo, en lugar de escribir:

Argumento a favor 1: Popper dice que los presocráticos inventaron la crítica racional. Argumento a favor 2: Barnes muestra que sus argumentos eran rigurosos. Argumento en contra 1: Aristóteles objeta que solo hallaron la causa material. Argumento en contra 2: la realidad opera en niveles que no se reducen a uno...

Podrías escribir:

Aristóteles reprocha a los presocráticos haberse quedado en la causa material, sin ver las demás, y la objeción parece demoledora. Pero conviene reparar en algo: al criticarlos, Aristóteles hacía exactamente lo que ellos habían inventado, discutir una teoría para mejorarla. Su objeción, lejos de invalidar la búsqueda, prueba su éxito...

Esta estructura es más exigente pero produce disertaciones mucho más ricas.

Herramientas para trabajar los argumentos

Estas cuatro operaciones sirven para manejar cualquier argumento, sea tuyo o de la posición contraria. No hay que usarlas todas ni en todas las disertaciones: son ayudas para cuando no sepas cómo seguir. Las dos primeras te servirán en cualquier estructura. Las dos últimas, acotar e invertir, son las que hacen posible la estructura dialéctica: sin ellas, los argumentos no pueden responderse entre sí.

Conceder. Reconocer lo que un argumento tiene de razón antes de responderle. Se escribe con fórmulas como «esta objeción es seria, porque...» o «hay algo verdadero en esta idea». Parece una debilidad y es lo contrario: quien reconoce la fuerza del contrario y aun así le responde resulta mucho más convincente que quien finge que el contrario no decía nada. Lo opuesto es una falacia, el **hombre de paja**: debilitar la posición contraria para vencerla con facilidad. Ten presente que en la rúbrica el hombre de paja puntúa cero en honestidad intelectual: si la posición contraria queda ridícula en tu texto, es casi seguro que la has caricaturizado.

Buscar un contraejemplo. Si un argumento afirma algo con «todos», «siempre» o «nunca», un solo caso contrario lo derriba. Si alguien dice «todos los profesores mandan deberes» y encuentras uno que no manda, la afirmación era falsa. Cuidado: contra «la mayoría de los profesores mandan deberes» un caso contrario no prueba nada, porque esa afirmación ya contaba con las excepciones. Esta herramienta no siempre podrá usarse, y no pasa nada: solo funciona con afirmaciones universales.

Acotar. Aceptar que un argumento prueba algo y mostrar hasta dónde llega de verdad: «*tienes razón, pero no tanta*». La manera habitual de acotar es **distinguir**: separar dos cosas que estaban mezcladas y mostrar que el argumento vale para una pero no para la otra. La distinción puede ser **de grado** (los videojuegos no son malos; jugar demasiado, sí) o **de aspecto** (que todos los ladrillos de un edificio vengan de la fábrica no significa que el plano del edificio venga de ella). Acotar sirve también con tu propia tesis: decir bajo qué condiciones se sostiene, o qué casos no resuelve, puntúa en la rúbrica.

Invertir. Mostrar que un argumento, bien entendido, prueba lo contrario de lo que pretendía. Quien afirma que la filosofía no sirve para nada está defendiendo una tesis filosófica, así que necesita la filosofía para atacarla. Es la herramienta más espectacular cuando funciona y la más ridícula cuando se fuerza: úsala solo si la inversión es real.

 **Tip:** existen más herramientas (el experimento mental, la reducción al absurdo, el dilema, la autorrefutación) explicadas con ejemplos en la página de Técnicas argumentales.

Cómo comprobar tu desarrollo

Muchas disertaciones parecen dialécticas y son una lista disfrazada. Hay dos pruebas para comprobarlo antes de entregar.

La prueba del orden. Coge dos argumentos que estén del mismo lado (dos a favor, o dos en contra) e imagina que los intercambias. ¿Se entiende igual? Si sí, están **yuxtapuestos**: cada uno va por su cuenta, como en una lista. Si no, porque el segundo se apoyaba en el primero o respondía a una objeción que este había dejado abierta, hay una **cadena**. En una estructura dialéctica de verdad, casi ningún párrafo del desarrollo puede moverse sin romper algo.

La prueba de los conectores. Mira con qué palabras empieza cada párrafo del desarrollo. Los **conectores de suma** (además, por otra parte, también, en segundo lugar) indican que estás añadiendo: es una lista. Los **conectores de respuesta** (ahora bien, sin embargo, contra esto cabe objetar, conviene distinguir) indican que estás contestando a lo anterior: es una cadena.

Si todos tus párrafos empiezan con conectores de suma, tu texto es una lista, por muchos autores que cites. Y no se arregla cambiando las palabras: hay que cambiar lo que hacen los párrafos.

Conclusión (aprox. 15% del texto). Debe hacer tres cosas:

- Responder a la pregunta **tal como la reformulaste al final de la introducción**, explicando si te reafirmas en la tesis o si cambias de postura, y qué argumentos han pesado más.
- Delimitar tu tesis: bajo qué condiciones se sostiene, qué casos no resuelve, o qué tendría que ocurrir para que dejara de ser válida. Ninguna tesis lo explica todo, y precisarlo no la debilita: la hace más fuerte. La rúbrica lo premia dentro de la honestidad intelectual.
- Señalar las consecuencias o implicaciones para el mundo actual.

 **Tip:** Las mejores conclusiones vuelven al principio y cierran el círculo. Si abriste con una imagen, una pregunta o un dato sorprendente, retómalo aquí y muestra cómo tu argumentación le ha dado un sentido nuevo.

Bibliografía. Al final del texto, tras la conclusión, incluye una lista de las obras que has citado. No cuenta para el límite de palabras. El formato es el siguiente:

- Apellido, N. (año). *Título de la obra* (trad. N. Apellido). Editorial.

Por ejemplo:

- Popper, K. (1963). *Conjeturas y refutaciones*. Paidós.
- Barnes, J. (1982). *Los presocráticos*. Cátedra.

Consejos de redacción

- *Busca una apertura que enganche: una imagen, una paradoja, un dato sorprendente, una pregunta provocadora, una experiencia personal.*

- Haz frases cortas y claras. Evita las subordinadas en cadena.
- Busca las palabras exactas. Evita afirmaciones vagas.
- Los ejemplos que puntúan como propios son los que no aparecen ni en los textos de práctica ni en clase: de tu experiencia, de la actualidad, de la naturaleza, de la cultura. Un buen ejemplo propio no solo adorna: si al quitarlo el argumento pierde fuerza, es que estaba haciendo trabajo de verdad. Esa es la diferencia que la rúbrica premia.
- Una cita sola, sin explicación, no demuestra nada. Explica siempre qué quiere decir el autor y por qué es relevante para tu argumento.
- Un argumento no es una frase. Requiere desarrollo, ejemplo y, si puede ser, una cita explicada.
- Reserva la primera persona para la tesis y la conclusión. En el desarrollo, expón los argumentos de forma impersonal.

Fases de escritura

Producción. Escribe todas las ideas sin preocuparte por el orden ni la corrección. El objetivo es sacar todo lo que tienes en la cabeza.

Edición. Ordena las ideas, redacta los párrafos, integra las citas con su explicación, conecta los argumentos entre sí.

Revisión. Lee el texto completo: ¿se entiende la tesis?, ¿los argumentos la sostienen?, ¿las citas están explicadas?, ¿la conclusión responde a la pregunta y delimita la tesis? Aplica la prueba del orden y la de los conectores. Comprueba la ortografía, cuenta las palabras y pasa a limpio.

Ejemplo de disertación

La siguiente disertación es un ejemplo de cómo aplicar los pasos anteriores. No es un modelo perfecto: es un ejemplo de trabajo bien hecho que puedes usar como referencia.

¿Tiene sentido buscar un principio único que explique toda la realidad?

Un estudiante de hoy podría reírse de Tales de Mileto por haber afirmado, hace veintiséis siglos, que todo está hecho de agua. Suena absurdo. Pero ese mismo estudiante probablemente acepta, sin haberlo pensado demasiado, que todo está hecho de átomos, y eso es exactamente el mismo tipo de afirmación, solo que más refinada. Ambas respuestas comparten una convicción: que la enorme variedad de cosas que vemos (árboles, piedras, nubes, personas) puede explicarse a partir de un principio único. La pregunta «¿tiene sentido buscar un principio único que explique toda la realidad?» admite varias lecturas. Puede referirse a si ese principio existe realmente: si existe, encontrarlo sería el mayor logro intelectual posible; si no, buscarlo sería perseguir un espejismo. Puede referirse a si la búsqueda misma tiene valor aunque nunca se llegue a una respuesta: si lo tiene, el intento de Tales no fue un fracaso, sino el primer paso de un camino que aún recorremos. O puede referirse a si la ciencia moderna ha confirmado o desmentido la intuición presocrática: si la ha confirmado, los presocráticos fueron visionarios; si la ha desmentido, fueron ingenuos. Esta última lectura es la más fecunda, porque conecta la filosofía antigua con la ciencia actual y obliga a preguntarse si la física contemporánea, con su búsqueda de una «teoría del todo», no está haciendo lo mismo que Tales con mejores instrumentos. Reformulada así, la pregunta ya no es si Tales acertó, sino si su búsqueda fue una intuición que la ciencia ha heredado o un error que deberíamos haber abandonado hace tiempo.

La tesis que defenderé es que buscar un principio único que explique toda la realidad tiene sentido, aunque ese principio no llegue a encontrarse nunca: su valor está en las herramientas intelectuales que la búsqueda misma genera, y que hacen posible el progreso del conocimiento.

Aristóteles fue el primero en examinar sistemáticamente esta búsqueda. En el libro I de la *Metafísica*, reconstruye cómo Tales, Anaximandro y Anaxímenes propusieron distintos candidatos (agua, ápeiron, aire) como principio de todas las cosas (2011, 983b, p. 79). Pero no se limita a describir: critica. Para él, los presocráticos solo encontraron causas materiales, de qué están hechas las cosas, y pasaron por alto las causas formal, eficiente y final. Su búsqueda fue, en este sentido, incompleta. Esto parece un argumento demoledor: si ni siquiera llegaron a la mitad de la explicación, ¿qué sentido tiene lo que hicieron? Popper (1963) invierte por completo esta valoración en *Conjeturas y refutaciones*, donde argumenta que lo revolucionario de los presocráticos no fue la respuesta que dieron, sino la actitud que inauguraron: «la tradición de discutir críticamente las teorías con el fin de descubrir la verdad» (p. 216). Tales propuso que todo es agua; Anaximandro lo criticó y propuso el ápeiron; Anaxímenes criticó a

Anaximandro y propuso el aire. Lo decisivo no es quién tenía razón, sino que cada uno se sintió autorizado a cuestionar a su maestro y a proponer algo mejor. Eso no existía antes: en las tradiciones míticas, contradecir al maestro era una herejía, no un avance. Y aquí está la ironía: Aristóteles, al criticar a los presocráticos, hacía exactamente lo que ellos habían inventado. Su objeción, lejos de invalidar la búsqueda, demuestra su éxito.

Barnes profundiza en esta idea desde un ángulo más analítico. En *Los presocráticos*, muestra que sus argumentos eran mucho más sofisticados de lo que parece a primera vista (1982, p. 29). Anaximandro no eligió el ápeiron al azar: razonó que el principio de todo no podía ser ninguna sustancia determinada, porque si lo fuera, esa sustancia dominaría a las demás y el equilibrio del mundo sería imposible. Es un argumento por eliminación, lógicamente riguroso. Störig (1950) llega a una conclusión parecida desde la historia de la filosofía: lo verdaderamente revolucionario no fue proponer agua o aire como principio, sino buscar una explicación natural en lugar de una sobrenatural (p. 56). Antes de Tales, la pregunta «¿de qué está hecho el mundo?» se respondía con mitos sobre dioses creadores; después, con argumentos que cualquiera podía examinar y discutir. Ese cambio, del mito al logos, es quizá el paso intelectual más importante de la historia de Occidente. Y ambos señalan lo mismo: los presocráticos no solo cambiaron las respuestas, cambiaron las reglas del juego, y lo hicieron precisamente porque buscaban un principio único. Si se hubieran conformado con decir que las cosas son como son porque los dioses lo quieren, no habría habido nada que discutir; fue la ambición de encontrar una explicación racional y unitaria lo que abrió el espacio para la crítica mutua que Popper considera el nacimiento de la racionalidad.

Queda, sin embargo, una objeción seria: ¿no es ingenuo pensar que toda la realidad se reduce a un solo principio? La ciencia moderna ha mostrado que la naturaleza opera en niveles muy distintos (cuántico, molecular, biológico, social) y que las leyes de un nivel no se derivan fácilmente de las del anterior. Esto podría sugerir que la búsqueda de un principio único es un callejón sin salida. Pero lo curioso es que la propia física contemporánea no ha renunciado a esa búsqueda: la teoría de cuerdas, por ejemplo, intenta explicar todas las fuerzas de la naturaleza a partir de un solo tipo de entidad. Y como señala Popper (1963), lo importante no es si la teoría final se encuentra, sino que la búsqueda genera descubrimientos que no se habrían hecho de otro modo (p. 220). Tales se equivocó al decir que todo es agua, pero su pregunta abrió el camino que, pasando por Demócrito, Dalton y Bohr, llega hasta el modelo estándar de partículas. Aristóteles tenía razón al señalar que se quedaron cortos, pero, como muestran Barnes (1982) y Störig (1950), quedarse corto es muy distinto de equivocarse: abrieron un camino que otros continuaron, y ese camino sigue abierto.

Conviene delimitar la tesis. No sostengo que exista un principio único, ni que vaya a encontrarse; sostengo que buscarlo ha sido fecundo, aunque la respuesta siga sin cerrarse. Mi tesis se sostiene mientras esa búsqueda siga generando conocimiento nuevo. Si la ciencia demostrara que la realidad es irreductiblemente múltiple y que perseguir la unidad ya no produce ningún avance, entonces la búsqueda perdería su sentido y mi tesis caería. Por ahora, y desde hace más de un siglo, la física sigue buscando sin descanso esa teoría del todo.

De Tales a la teoría de cuerdas, el impulso es el mismo: la convicción de que la realidad, pese a su inmensa variedad, responde a un orden que la inteligencia humana puede descubrir. Que los presocráticos no encontraran la respuesta correcta no invalida su búsqueda, del mismo modo que el hecho de que un explorador no llegue a su destino no demuestra que la expedición fuera inútil. Lo que inventaron (la pregunta racional, la crítica mutua, la exigencia de dar razones en lugar de invocar la autoridad) sigue siendo la base de todo conocimiento científico y filosófico. El error concreto se corrige; la actitud intelectual permanece.

El estudiante que se ríe de Tales por decir que todo es agua debería preguntarse por qué él cree que todo es átomos. Si la respuesta es «porque la ciencia lo ha demostrado», entonces debería agradecer a Tales la invención misma de la pregunta que, siglos más tarde, hizo posible esa ciencia.

Bibliografía

- Aristóteles (2011). *Metafísica*. Gredos.
- Barnes, J. (1982). *Los presocráticos*. Cátedra.
- Popper, K. (1963). *Conjeturas y refutaciones*. Paidós.
- Störig, H. J. (1950). *Historia universal de la filosofía*. Tecnos.

(1209 palabras)

III. EVALUACIÓN

Rúbrica de evaluación

Criterio	Deficiente	Aceptable	Notable	Excelente
Estructura e introducción <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. Falta alguna parte esencial o la organización resulta confusa. La tesis no aparece con claridad.	1 pt. Introducción, desarrollo y conclusión reconocibles. La tesis se formula con claridad y se retoma al final.	1,5 pt. La introducción despliega las interpretaciones de la pregunta con sus implicaciones y justifica cuál se elige. La conclusión añade consecuencias o implicaciones actuales.	2 pt. Además, la interpretación elegida orienta de principio a fin el desarrollo, y la conclusión responde a la pregunta tal como quedó planteada en la introducción.
Argumentación <i>hasta 3,5 puntos</i>	0,5 pt. Los argumentos apenas se desarrollan. Faltan ejemplos o citas, o estas no se explican. No se consideran posiciones contrarias.	2 pt. Presenta al menos dos argumentos a favor y dos en contra, cada uno con ejemplos y una cita explicada. Los argumentos se exponen por separado, sin relacionarse entre sí.	3 pt. Se comparan las posiciones y se señalan las fortalezas y las debilidades de cada una. La valoración final está razonada.	3,5 pt. Los argumentos se responden entre sí: se concede lo que la posición contraria prueba y se muestra hasta dónde llega, o se invierte a favor de la tesis. La reflexión progresa.
Honestidad intelectual <i>hasta 1 punto</i>	0 pt. La posición contraria se caricaturiza, se presenta en su versión más débil o se le atribuye lo que no dice (hombre de paja).	0,5 pt. La posición contraria se expone correctamente, aunque de forma escueta.	0,75 pt. La posición contraria se expone en su versión más fuerte, con el mismo rigor que la propia.	1 pt. Además, se delimitan las condiciones en que la propia tesis se sostiene, o los casos que no logra resolver.
Ejemplos propios <i>hasta 1,5 puntos</i>	0,25 pt. No usa ejemplos, o solo los que aparecen en los textos de práctica y en clase.	0,75 pt. Usa algún ejemplo propio, aunque resulte decorativo o poco relacionado con el argumento.	1 pt. Usa al menos dos ejemplos propios, pertinentes y bien elegidos para el argumento que ilustran.	1,5 pt. Los ejemplos propios no solo ilustran: hacen avanzar el argumento, porque muestran algo que la cita por sí sola no mostraba.
Claridad y precisión expresiva <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. Vocabulario impreciso. Párrafos poco conectados. Frases difíciles de seguir.	1 pt. Vocabulario sencillo pero adecuado. El texto se entiende correctamente.	1,5 pt. Vocabulario preciso y uso correcto de los conceptos filosóficos. Los párrafos se enlazan con conectores adecuados y la lectura es fluida.	2 pt. Expresión rigurosa y matizada. Cada palabra dice exactamente lo que debe decir. Estilo cuidado.

Nota final: suma de los cinco criterios sobre 10 puntos, menos las penalizaciones. En cada criterio se asigna uno de los cuatro valores de la tabla, sin puntuaciones intermedias.

Sobre la estructura: quien sigue correctamente la estructura básica puede alcanzar el nivel notable. El nivel excelente exige que los argumentos se respondan entre sí, que la reflexión avance más allá de una simple acumulación de ideas.

Condiciones de entrega

Si no se cumplen, la disertación no se corrige:

- Entregada en clase, dentro del plazo establecido.
- Escrita a mano, en folios en blanco, con letra legible.
- Al final del texto, tras la bibliografía, debe figurar el **número de palabras** de la disertación (sin contar la bibliografía).

El recuento forma parte del trabajo: llevarlo durante la redacción es la manera de ajustar la extensión mientras aún se puede corregir.

Penalizaciones

Concepto	Descuento
Extensión (no acumulable: se aplica solo el tramo correspondiente, sobre el número de palabras declarado) <i>Desviación de hasta 100 palabras (1100-1199 o 1601-1700)</i>	–0,5
<i>Desviación de 100 a 200 palabras (1000-1099 o 1701-1800)</i>	–1
<i>Desviación superior a 200 palabras (menos de 1000 o más de 1800)</i>	–2
Presentación (acumulable hasta un máximo de –1) <i>Sin sangría en la primera línea de cada párrafo</i>	–0,25
<i>Sin márgenes</i>	–0,25
<i>Tachones o correcciones visibles</i>	–0,5
Ortografía (acumulable, sin límite) <i>Por cada falta de ortografía</i>	–0,25
<i>Por cada falta de tilde</i>	–0,05

TEXTOS

En cuanto a los presocráticos, sostengo que existe la más perfecta continuidad de pensamiento posible entre sus teorías y los ulteriores desarrollos de la física. El que se los llame filósofos, precientíficos o científicos, interesa muy poco, creo. Afirmando que la teoría de Anaximandro desbrozó el camino para las teorías de Aristarco, Copérnico, Kepler y Galileo. No se trata de que haya «influido» simplemente en estos pensadores posteriores; la «influencia» es una categoría muy superficial. Más bien expresaría esto de la siguiente manera: las realizaciones de Anaximandro son valiosas en sí mismas, como una obra de arte. Además, sus realizaciones hicieron posibles otras realizaciones, entre ellas las de los grandes científicos mencionados. Pero ¿no son falsas las teorías de Anaximandro y, por lo tanto, no científicas? Son falsas, lo admito; pero también lo son muchas teorías, basadas en innumerables experimentos, que la ciencia moderna aceptó hasta hace poco y cuyo carácter científico nadie soñaría en negar, aunque ahora se crea que son falsas.

Popper, K. R. (1992). *Conocimiento objetivo. Un enfoque evolucionista*. Tecnos, pp. 179-180.

Que no es una ciencia productiva resulta evidente ya desde los primeros que filosofaron: en efecto, los hombres —ahora y desde el principio— comenzaron a filosofar al quedarse maravillados ante algo, maravillándose en un primer momento ante lo que comúnmente causa extrañeza y después, al progresar poco a poco, sintiéndose perplejos también ante cosas de mayor importancia, por ejemplo, ante las peculiaridades de la luna, y las del sol y los astros, y ante el origen del Todo. Ahora bien, el que se siente perplejo y maravillado reconoce que no sabe (de ahí que el amante del mito sea, a su modo, «amante de la sabiduría»: y es que el mito se compone de maravillas). Así pues, si filosofaron por huir de la ignorancia, es obvio que perseguían el saber por afán de conocimiento y no por utilidad alguna.

Aristóteles (1994). *Metafísica*. Gredos, pp. 77-78.

Al decir que los presocráticos eran hombres racionales, solo quiero decir esto: que las grandes y audaces teorías que expresaron fueron presentadas no como declaraciones ex cátedra para que las creyeran los fieles y las desatendieran los impíos, sino como conclusiones de unos argumentos, como proposiciones razonadas para que unos hombres razonables las estudiaran y las discutieran. Y al afirmar que los presocráticos fueron los padres del pensamiento racional tan solo afirmo que fueron los primeros hombres que conscientemente subordinaron las afirmaciones gratuitas al argumento y el dogma a la lógica. Tal vez algunos lectores se pregunten si una forma tan débil de racionalidad no es una propiedad demasiado común como para merecer admiración: a estos les recuerdo el aforismo del obispo Berkeley: todos los hombres tienen opiniones, pero pocos hombres piensan.

Barnes, J. (2000). *Los presocráticos*. Cátedra, p. 11.

Como entre ellos aparecen nociones genuinamente filosóficas y una auténtica capacidad para la especulación, y como constituyen una fase del desarrollo de la filosofía griega clásica, no se les puede omitir, al tratar la historia de la filosofía, cual si hubiesen sido tan sólo unos chiquillos cuyos balbuceos no merecieran atención seria. Los comienzos de la filosofía europea no pueden dejar indiferente al historiador. En la filosofía griega asistimos al planteamiento inicial de problemas que conservan aún toda su relevancia para nosotros, se nos sugieren respuestas no carentes de valor; y aunque advirtamos en ella cierta ingenuidad, cierta excesiva confianza y precipitación, sigue siendo una de las glorias de la cultura europea.

Copleston, F. C. (2001). *Historia de la filosofía I*. Ariel, pp. 10-11.

Lo que es común a las doctrinas de los tres milesios es la aspiración a explicar el origen de todo ente a partir de una última materia originaria, o un principio originario concebido materialmente. Su trascendencia para la filosofía griega posterior y para nosotros no radica tanto en el modo como intentaron esto por separado —por muy interesante que puedan ser algunos detalles a la luz de los conocimientos científicos modernos—, sino en el hecho de que, por primera vez, hicieron el intento de acercarse a esta cuestión sin prejuicios, con un pensamiento científico-natural, así como en la audacia con la que intentan reducir la multiplicidad de los fenómenos a un principio originario.

Störig, H. J. (2012). *Historia universal de la filosofía*. Tecnos, p. 156.

A diferencia de las cosmogonías míticas que utilizaban como principios de explicación fuerzas personificadas de dioses y espíritus, los primeros filósofos intentan explicar sobre la base de principios físicos o lógicos. En este sentido, su especulación es ciencia física y podemos considerarlos como científicos primitivos que intentaron dar razón del mundo material. Sin embargo, los presocráticos no se detuvieron en los datos de lo observable, sino que fueron más allá de las apariencias. Ya sea el agua, el aire o el fuego lo que designen como physis ésta no «aparece» como tal materia primigenia, es decir, como elemento último de las cosas. Para llegar a concebir uno de los elementos como último de todo lo existente hubieron de valerse de la razón especulativa. La unidad que afirmaron era una unidad puesta por el pensamiento, abstraída de los datos sensibles aunque fuese material.

Sánchez Meca, D. (2013). *Historia de la Filosofía Antigua y Medieval*. Dykinson, pp. 18-19.

En primer lugar, ninguna de las teorías milesias es verdadera: los milesios no forman la Royal Society griega, y sus actas nada aportarían al total del conocimiento científico. Ellos y sus sucesores hicieron y registraron varias observaciones verdaderas, pero el convertir aquellas observaciones en una teoría verdadera y confirmada fue un largo proceso que apenas iniciaron los milesios. Segundo, ninguno de los milesios aspiró a ese tipo de precisión que exigimos a una teoría científica: sus opiniones son indefectiblemente vagas, y bajo esa vaguedad se adivina la absoluta ignorancia de las delicias de medir y cuantificar. Anaximenes no hizo intento alguno por definir el grado de compresión que convertía el aire en una nube o en agua, ni por formular una ecuación que expresara la correlación entre la densidad y la temperatura. El resultado es que sus teorías resultan especialmente resistentes a la comprobación: sencillamente, no está claro cómo deben aplicarse a los fenómenos y, por lo tanto, tampoco qué observaciones las confirmarán y cuáles las rebatirán. Podríamos añadir que las descripciones que Anaximenes hace del enigma original y de sus observaciones son negligentes y faltas de rigor: su teoría no puede explicar el enigma, porque este no está debidamente descrito.

Barnes, J. (2000). *Los presocráticos*. Cátedra, pp. 62-63.

Se me concederá que los milesios tenían ciertas metas intelectuales que, en sentido amplio, son propias de la ciencia: querían describir el mundo de los fenómenos; querían explicar qué fenómenos había y cómo se producían; y trataron de dar una explicación que no se basara en el azar ni en divinidades caprichosas. Los milesios tenían un cierto conocimiento —implícito en su enfoque aunque no explícito en sus textos— de algunos métodos explicativos que también son, en sentido amplio, propios de la ciencia: propusieron unas hipótesis muy generales que, según creían, podrían aplicarse a los fenómenos y explicarlos; razonaron sus opiniones, por estafalarias que estas pudieran parecer; hicieron deducciones y sugirieron analogías o modelos. Si se aceptan estos puntos, ¿dónde queda la discusión sobre la categoría científica de los primeros pensadores griegos? A veces dicen que en la cuestión de si los milesios siguieron «el método experimental». Digámoslo sin rodeos: los milesios no se permitieron el lujo de hacer experimentos, y por tanto no eran científicos.

Barnes, J. (2000). *Los presocráticos*. Cátedra, pp. 63-64.

Vamos a tomar como ejemplo el término metafísico «principio» (en el sentido de principio de existencia, no en el de principio epistemológico o axioma). Diversos metafísicos han ofrecido una solución a la cuestión de cuál sea el (supremo) «principio del mundo» (o de «las cosas», o de «la existencia» o de «el ser») y han presentado como tal al agua, al número, a la forma, al movimiento, a la vida, al espíritu, a la idea, al inconsciente, a la acción, al bien y a otros semejantes. A efecto de descubrir el significado que tiene la palabra «principio» en este problema metafísico, debemos preguntar a los metafísicos bajo qué condiciones una proposición de la forma «X es el principio de Y» es verdadera y bajo qué condiciones es falsa. En otros términos: inquiriremos por el criterio de aplicación o por la definición de la palabra «principio». El metafísico nos responderá aproximadamente como sigue: «X es el principio de Y» quiere decir que «Y surge de X», «el ser de Y reside en el ser de X», «Y existe por virtud de X», y así sucesivamente. Pero estas expresiones son ambiguas y tienen muchas interpretaciones posibles. El pretendido significado «metafísico» que se supone posee el vocablo en contraste con el significado empírico ya mencionado, no existe. La palabra es expresamente desposeída de su significado original de «comienzo», no se supone que signifique prioridad temporal ninguna, sino una prioridad diferente, específicamente metafísica. Sin embargo faltan los criterios para esta «especificación metafísica». En ambos casos la palabra ha sido desprovista de su significado original sin que se le haya otorgado alguno nuevo; lo que resta de todo ello es una especie de cáscara vacía.

Carnap, R. (1993). «La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje», en Ayer, A. J. *El positivismo lógico*. FCE, pp. 4-5.

Podría decirse que antes de los presocráticos la visión del mundo era una especie de proyección. Todos los temores y la admiración se proyectan hacia fuera. No es que yo, un ser humano individual, sienta admiración por mi propia cuenta: es una divinidad de algún tipo ahí fuera la que me hace sentirla. Entonces llegaron los presocráticos y dijeron: «No, hay un orden en el mundo. Y es precisamente porque está ordenado por lo que puede ser comprendido por la mente humana.» Los sofistas recogieron ese énfasis en la importancia de los seres humanos e hicieron suyo el mensaje: «Yo lo hago; yo puedo hacerlo.» Poco después llegó Sócrates e hizo la filosofía autorreflexiva. En vez de limitarse a decir, por ejemplo en el campo de la ética, que tal o cual acción es buena, preguntó: «¿Qué es el bien?» O en la ciencia, en vez de ocuparse de los componentes del mundo, preguntó cómo llegamos a conocer algo sobre el mundo. Es esta falta de autorreflexión lo que hace que las respuestas de los presocráticos (pero no sus preguntas) queden rápidamente anticuadas y expuestas a la crítica; sin esta autorreflexión —es decir, sin la capacidad de formular un método coherente para sus estudios, que es el comienzo de la verdadera filosofía, y que Parménides intentó inculcarles— sus investigaciones estaban condenadas al fracaso.

Waterfield, R. (2000). *The First Philosophers*. Oxford University Press, pp. xxvi-xxvii. Traducción propia.